MARTHA LOMAR

TRUJILLO Y YO

1959

BNPHU

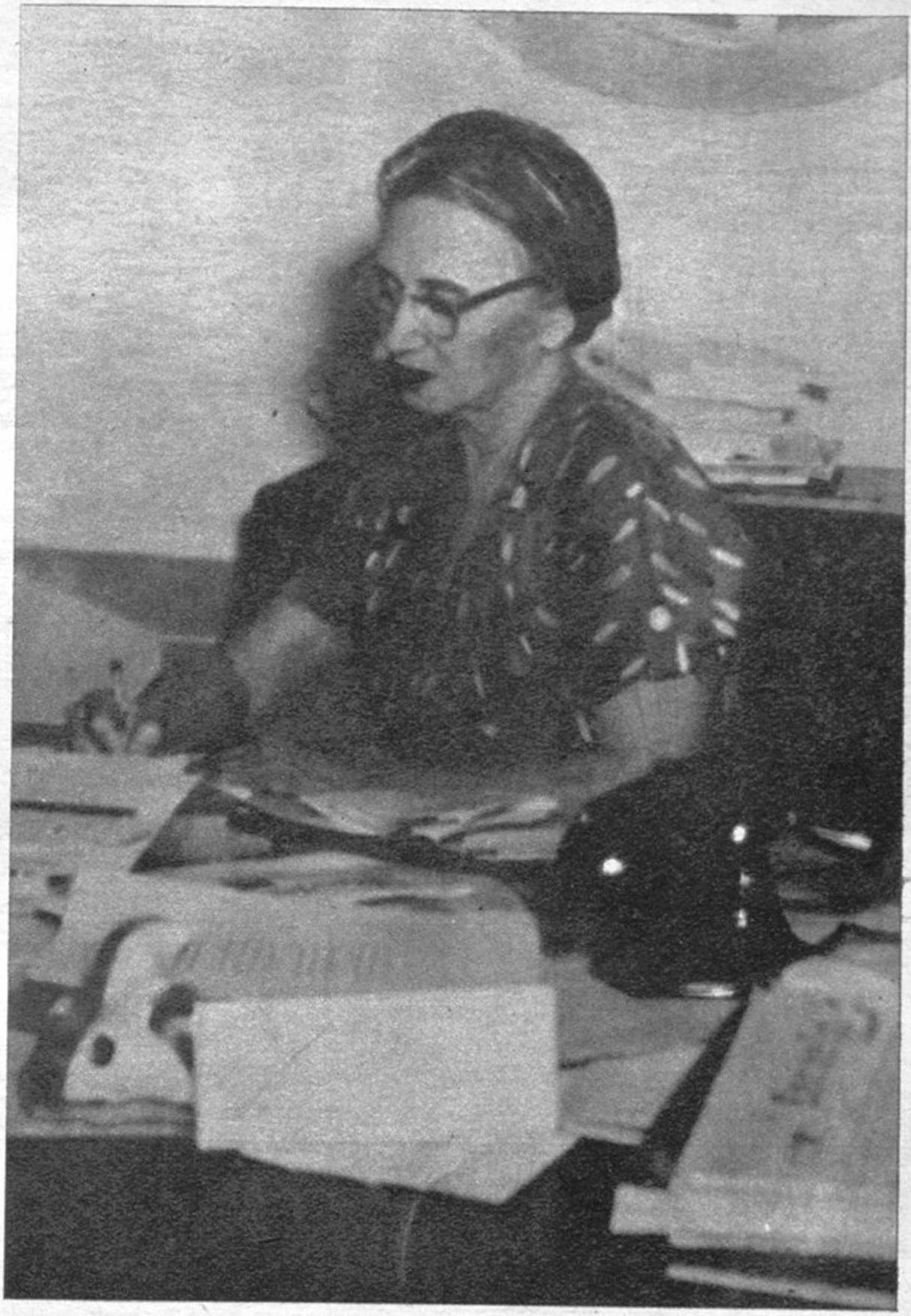
BIBLIOTECA PERSONAL
GERMAN EMILIO ORNES
DONADA POR EL BANCO DE RESERVAS DE LA
REPUBLICA DOMINICANA A LA BIBLIOTECA
NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

EXLIBRIS

Germán Emilio Ornes
COLECCION

Generalísimo Rafael L. Trujillo,



Martha Lomar, autora de este libro.

PREAMBULO

Con la mano sobre el corazón y teniendo a Dios en mi conciencia, comienzo este libro. No me acucia otro deseo que el de darles unos rasgos, tan precisos como pueda, de la personalidad del hoy Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo, Supremo Magistrado de la República Dominicana, a quien sus compatriotas titulan "Padre de la Patria Nueva" y "Benefactor de la Patria", tal y como yo le vi en 1931.

No voy a discutir su obra ni su política: Ya lo hice una y aprendí la lección: Cada quien ocúpese de sus propios asuntos y no trate de sacar "las castañas" del fuego para otros, porque en lo primero está la sabiduría de no hablar nada más de lo que se conoce a fondo, y en lo último la seguridad de no sufrir un desengaño... Los apuntes para este libro han dormido un sueño de veinticinco años en una gaveta, pues datan de diciembre de 1931, *cuando tuve el privilegio de ser invitada a visitar Santo Domingo y tratar de cerca a su presidente de entonces. Todo, absolutamente todo, lo que va en el texto es la narración exacta, ceñida a la más absoluta verdad, y ése es el único mérito real del libro.*

LA AUTORA

INTRODUCCION

Dicen que cada cual habla de la feria según le fue en ella... Al escribir estas páginas no puedo sustraerme de hablar del Generalísimo Trujillo de acuerdo con mis reacciones cuando estuve frente a él, tan cerca de él como la decencia permite que lo estén personas no relacionadas por nexos de parentesco o pasión. Durante tres semanas fui, si no con él, a su paso con el ejército dominicano, por el interior de la República, y en más de una ocasión me senté a su mesa, y hasta dormí bajo su mismo techo. Puedo hablar, describir, narrar incidentes, recordar...

¡Cuán bello es recordar con el alma limpia lo que hicimos ha un cuarto de siglo, en mitad del camino de la vida...! Cierro los ojos, para ver mejor el pasado... Y, como al conjuro de un mago, tras un borroso empezar, van llegando las visiones de aquella época... Me veo —Don Quijote con faldas—, oído atento a espeluznantes narraciones enderezadas a mover y exaltar mi inexperiencia de la vida —aunque ya no era una niña, mi alma era todavía ingenua, tierna, dúctil...

Hay en mí, como había entonces y habrá siempre, un genuino deseo de ser justa y una decidida inclinación a decir libremente lo que pienso —me parece muy incómodo ir por el mundo arrastrando un fardo de mentiras, y me libero de ellas cuanto puedo. Quiero decir que lo que escribí entonces, como lo que aquí siento, fue entonces y es ahora, producto espontáneo de mi sinceridad. Y si en aquella época escribí contra Trujillo y tuve el valor (de acuerdo con lo que me contaban) de ir a conocerle personalmente, hoy escribo con la misma emoción estas páginas... porque ¡también se necesita valor para ponerse contra la corriente...!

Pero... "no está en vuestras manos hacer blanco o negro un solo cabello..." Los poderosos son elegidos del Señor, quien los utiliza para fines que ignoramos; las generaciones futuras justificarán el proceso evolutivo del presente...

LA INVITACION

Noel Henríquez, viejo amigo mío, había sido encargado de invitarme a visitar la República Dominicana, "para que conociera personalmente al Presidente de la Nación", contra cuyo gobierno escribía yo virulentos artículos.

El efecto que me causó la invitación es fácil de entender, ya que por aquel entonces, más que ahora, los enemigos de Trujillo no perdían oportunidad de atacarle, usando cuanta arma hallaban al alcance de la mano, exagerando sin piedad y atribuyéndole las más mezquinas arbitrariedades.

La propaganda es arma poderosa, más que la bomba atómica porque aquélla puede destruir y construír... Y como sucede tan a me-

nudo, el cuento que empieza en uno aumenta progresivamente sus proporciones, y un muerto llega a ser una hecatombe...

Como toda la vida he tenido el valor de decir lo que siento y la entereza de responder por lo que digo, aunque vacilé en el instante en que oí lo que me pareció invitación peregrina —cuyo objeto no podría ser sino mi destrucción, de acuerdo con las ideas con que estaba imbuída—, no tardé en aceptarla, a lo que me persuadió mas que nada esta frase de Noel, quien conocía bien mis reacciones:

—Desde luego, el Presidente me dijo que seguramente tú no aceptarías... por temor...

—¿Qué yo no me atrevería? ¡Ah, pues ahora mismo le avisas que voy por el primer barco.

Después de decidirlo, consulté con familiares y amigos, mientras preparaba mi equipaje a toda prisa.

7 DE DICIEMBRE DE 1931

Llegó el momento definitivo. No sin gran intranquilidad de espíritu, subí al barco —el vapor "Borinquen" de la New York and Porto Rico S. S. Co.— y entré en el camarote 208, que me había correspondido. Noel ocupó el contrario, el 209, en la otra banda.

Al despedirme aquella tarde, dije a mis hijos, todavía pequeños, pero ya capaces de comprender:

—Me voy a donde no sé lo que va a sucederme, y voy porque las personas deben tener el valor de responder por lo que dicen, y mucho más si lo escriben, y más aún si lo que escriben es contra alguien a quien no conocen. Espero estar de vuelta el 23, para que celebremos la Navidad como siempre; pero, si no regreso, no quiero

que mi ausencia les estropee la fiesta. No olviden que nadie me obliga a ir; voy por mi gusto, porque considero un deber hacerlo. Por ser don de Dios, la vida es lo más valioso que puede perderse, pero hay que perderla alguna vez; como no me importa perderla en lo que considero mi deber, me voy tranquila y quiero que ustedes se queden tranquilos.

Así me fui, con la serenidad que nos da lo irremediable a los seres conscientes, no porque tuviera la seguridad, ni aún la esperanza siquiera, de regresar ilesa de la aventura, sino porque me hubiera sentido desprestigiada ante mí misma si me hubiera negado a ir —y mi propia estimación es la que más estimo. A la hora de embarcar, un solo dominicano se había aventurado a ir al muelle a despedirme (César Morales). Algunos conocidos míos habían ido, a convencerse de que yo me embarcaba hacia la tierra de Trujillo, "vendida y traidora"...

Borrados en el atardecer los últimos adioses de los pañuelos que agitaban su ala única, enviando, a la par el recuerdo y el aliento, una plegaria; cortó la proa las espumosas olas de la Boca del Morro, y tomó rumbo. A borbotones cayeron las sombras sobre el mar.

A la hora de cenar, encontramos que viajaban con nosotros algunas amigas de Noel —Malvina Mon de Henríquez y su hermana Mercedes— con quienes hicimos la mesa, a la que invitamos también a un comerciante dominicano, de Santiago, de apellido Prieto.

Mientras cenábamos, contaba Noel a nuestras compañeras, dándoles tintes sombríos a sus frases, los motivo y pormenores de mi viaje, y Mercedes me miraba con ojos amigos, entre curiosa y admirada.

—¡Nada! —Decía Noel— Que sin ser yo Gómez Carrillo ni ella la Mata Hari, ni encontrarnos en análoga situación, voy a entregarla y no al inexorable Consejo de Guerra de los Aliados...

—¡Vamos, niño! Yo no le temo más que a las arañas... No vas a hacerme temblar...

Pero Noel aseguraba que yo estaba muerta de miedo... Y, a la verdad, no las tenía todas conmigo...

Terminada la cena, nos desbandamos.

—Me voy a la cama. —Dijo Noel—. Quiero estar dormido cuando pasemos el canal...

—Y yo —dije— voy a llenarme los ojos de estrellas... porque la noche negra sobre el mar es algo maravilloso...

—Haces bien, porque quizás ésta sea tu última noche.

—¡Qué bárbaro eres!

—¡Qué descanses si puedes...!

Y me dejó con un "hasta mañana".

. . . . . .

¡Soledad la del mar! ¡Soledad la del mar en la noche! Si un alma no se ha encontrado a sí misma, que se analice en una noche estrellada, entre mar y cielo, que así baje a las profundidades ignotas su razón de ser... ¡Sola! ¡Qué fuerza nos da el sentirnos solos frente a lo desconocido!

De rodillas sobre el camastro cerca de la redonda ventanilla, con la cara asomada y hundida en la llovizna que salpicaban las olas, los ojos pescadores de reflejos, me di una vez más al mar mío. Todo se había esfumado: No percibía otra cosa que el suave balanceo que las olas imponían al buque. El ruido de las máquinas apagaba otros sonidos y me obligaba a aceptar su trueno como un silencio ininterrumpido. Ni una preocupación en mi mente ni un presentimiento en mi alma: Mi yo no estaba en mí, era uno con el yo de la noche.

Debí dormirme de rodillas y caer como inerte. A la madrugada, desperté. Me asomé de nuevo. Una tierra adusta aparecía en el horizonte.

RADIOGRAMA

COMUNICACIONES RADIOTELEGRAFICAS MUNDIALES

CONTINENTE A CONTINENTE — COSTA A VAPOR — VAPOR A VAPOR

"Via RCA" R. C. A. COMMUNICATIONS. INC. "Via RCA"

RECIBIDO EN EL EDIFICIO OCHOA. SAN JUAN. P. R. DEC 10TH 1931. HORA

39 WPR H LA VEGA RD 44 18 NFT
GOVT
REUS INDEPENDENCIA NR 7 SANTURCE
DE PUERTOPLATA MONTECRISTY SANTIAGO MOCA LAVEGA DONDE
ESTOY BIEN Y CONTENTA COLMADA ATENCIONES Y AFECTOS TODAS
PARTES PRESIDENTE JUBILOSAMENTE ACLAMADO TODOS LOS PUEBLOS
RECORRIDA TRIUNFAL CIBAO PIENSO REGRESAR PASCUAS INVITADA
VOLVER ENERO FAMILIA SAVINON ACOSTA CIUDAD VEGA REAL

MARTHA

1145A

Tel. San Juan 1960-1962

Facsímil de uno de los mensajes enviados por la autora a sus familiares, a San Juan de Puerto Rico.

8 DE DICIEMBRE DE 1931

Santo Domingo se encrespaba para recibirnos. El Placer de los Estudios —nombre del banco en la ría del Ozama— era muy poco placentero esa mañana cuando tomamos una lancha para ir hasta el embarcadero. Muchos de la actual generación dominicana ya no recordarán aquello, si es que lo vieron. Ahora hay un hermoso malecón y han arreglado el puerto, además, ya no se viaja en barcos...

Allá en la ría vi un barco todo engalanado con banderas y banderines. Oí una voz que decía:

—Ya embarcó el Presidente. Acaba de ocupar su puesto de General en Jefe, y va con parte de su ejército, en un paseo militar por la República.

Sentí consternación y un gran desaliento. Si se iba era porque no me atendería... ¡y me dejaba a merced de mi suerte! Miré en derredor: Todas eran caras desconocidas, curiosas... ¡Qué triste es llegar y no ver una mano amiga que se extiende para agarrar la nuestra!

Desembarcamos. Dimos el equipaje para el usual registro aduanero. Yo paseaba la mirada en torno, anhelando ver alguna persona conocida. Alguien se nos acercó.

—El señor Virgilio Trujillo, diputado, hermano del Presidente— me lo presentó Noel. Fue el primero de la familia Trujillo en saludarme. Era una persona amable y discreta, y me causó agradable impresión como un trozo de madera en el mar de emociones donde naufragaba mi espíritu.

—El licenciado Brea... también diputado. —Volvió a presentar mi amigo. —Este me pareció más joven y menos discreto. Y después de las cortesías de rigor, nos despedimos de ellos y tomamos un auto de alquiler. Era un coche viejo, de raídos asientos, con la pintura deslustrada, todo destartalado y bastante incómodo. Fuimos a buscar alojamiento para mí en el Hotel Fausto, situado en lo que parecía el centro de la ciudad, muy cerca de la Catedral donde yacen los restos del Gran Almirante don Cristóbal Colón. Allí me dejó sola Noel, y me sentí muy sola, y un escalofrío de incertidumbre me tecleó la espina dorsal...

.....

Ocupé el cuarto número 2, en el piso principal. Era espacioso, muy modestamente equipado con un lecho, un perchero, un armario con espejo, una mesita, una mecedora de mimbres, una silla ordinaria y un lavamanos con agua corriente; en el techo, la única lámpara cuyo interruptor pendía de la cabecera de la cama; en una pared, el botón del timbre; sobre la mesa una "termos" con agua fría. Se entraba a ella por una puerta que daba a una salita de recibo —la única, para el uso de todos—; había otra puerta que daba al balcón sobre la calle Arzobispo Meriño y al Parque Colón; y otra puerta, cerrada, contra la cual estaba la cabecera de la cama.

(No puedo sino detenerme a describir la habitación que ocupé en mi reciente visita a Ciudad Trujillo: Es la 426 del Hotel Comercial, en la Avenida de Hostos. No es tan amplia como la otra, pero está amueblada con buenos muebles que hacen juego, tiene un mullido lecho; escritorio con lámpara especial bajo un ancho espejo; mesilla junto a la cama, donde hay lámpara y teléfono; un sillón junto a la anchísima ventana con persianas "miami"; cuarto de baño privado, terminado en azulejos de color celeste, completo, con agua

caliente a todas horas; aire acondicionado —que yo hice cerrar—; lámpara en el techo, cuyo interruptor está en el pasillito a la entrada, etcétera. Por aquélla pagaba en dólares, $4.50 diarios; por ésta $ 5.00, ambas en "plan americano".

La sacudida de tantas emociones, los trastornos en la rutina, me habían dado dolor de cabeza. Llamé para pedir una aspirina. Entregué un dólar al mensajero. ¡Y cuál no sería mi asombro al ver que me devolvía un montón de monedas de plata, entre ellas tres o cuatro pesos, además de las aspirinas...!

—Pero... ¿cómo es esto?

—Sí, señora. Está bien. Es el equivalente en moneda nacional. Desde mi primera infancia, cuando la moneda española se depreció en Puerto Rico, no había yo visto de cerca lo que significa eso tan tremendo que es el "canje"... Porque aquéllos eran pesos de muy buena plata, tan pesados como los dólares... (Y aquí viene otro paréntesis. Mis buenos dólares me costó, y a la par, lo que pagué en Ciudad Trujillo esta vez. Quienes entienden de finanzas saben lo que eso significa: No hay deuda entre los dos países).

.....

A las once me subieron el equipaje, y después de recibirlo y de retocar mi apariencia, salí a la salita, donde me esperaba Noel inquiriendo si quería salir a ver la ciudad, antes del almuerzo. Hice lo que todos al llegar a un sitio desconocido: Nos fuimos en seguida a "descubrir"... a comprar postales, a que la gente me conociera, a enterarme de lo que deseaba saber. Nos detuvimos en las oficinas del diario "La Opinión", para conocer a los "chicos de la prensa". Y... tomamos el auto hacia las sonoras playas de Güibia, dejando atrás el Parque de la Independencia por la avenida del mismo nombre.

SAN CRISTOBAL

Por la tarde fuimos a San Cristóbal, cuna de la familia Trujillo.

Sentada yo entre Noel y Enrique Henríquez, su pariente, mientras admirábamos el paisaje, siendo poetas los tres, nada tiene de extraño que en vez de charlar se recitara versos. Noel dijo su bello soneto "Ausencia" (creo que es ése el título); Enrique me dejó oir su hermoso poema "La Canción del Avaro", y yo ni sé con qué correspondí. Así, el viaje resultó muy agradable y nos dimos la medida de nuestra lírica. Hasta que llegamos al pueblo.

En aquella época, San Cristóbal era un pueblecito simpático, de

casitas en su gran mayoría de madera, pintadas con cal. Aquella humildad aldeana era embaucadora. Había tanta sencillez, tanta hospitalidad en aquellos hogares, que aún yo, la recién llegada, creía estar entre viejos amigos. Al llegar a las casas, nos recibían con sonrisas y palabras amables; nos invitaban a entrar, me regalaban flores y nos instaban a tomar... una tacita de café. ¡Qué paz! Como que se sentía descansar el alma... Más allá de aquel pueblo habría otra clase de vida, más agitada, más moderna, ¿pero a ellos qué más les daba? ¡Si la felicidad estaba allí! —por lo menos eso me parecía.

(Recientemente, volví a San Cristóbal. ¡Ni la más hábil imaginación podría fabricar un sueño más alejado de la realidad de entonces. No podía convencerme, salir de mi asombro, cuando el chofer me aseguraba que aquél y no otro era San Cristóbal, mientras yo echaba pie a tierra frente a la recién construida iglesia, frente al parque de recreo primorosamente cuidado.

Ahora, el caserío es casi totalmente de concreto; las calles están debidamente atendidas; hay un magnífico mercado y un hermoso hotel, además de escuelas modernas y de un gran colegio para varones —la información es la suministrada por el chofer. En lo alto de un cerro, una gran mansión —que dizque dejan ver a los turistas, pero no tuve el privilegio—. Subimos hasta ella, y aunque sólo fue el parterre lo que vi, valía la pena el viaje, pues la vista se recrea en el panorama desde la cumbre.

(De vuelta al pueblo, fuimos al mercado —todo tan abundante, tan limpio y tan ordenado, exento de ese olor peculiar desagradable de las hortalizas cuando se pudren. Busqué qué comprar... Me fui por entre la gente que regateaba los precios... Y, si me cobraron con exceso, no fue mucho... porque me aprovechaba del regateo de los que me precedían... Como "turista", debí parecerles muy avisada. Aunque, a la verdad, el chofer estaba atento a que la compra no me costara más de lo razonable.

(¡Caramba! ¿Cómo han podido educar de ese modo a todo un pueblo? Es que los mismos dominicanos no pueden darse cuenta de este cambio que se ha operado en ellos, porque lo han ido realizando paulatinamente, y el ayer se les quedó rezagado a los de una generación y los de la nueva simplemente no lo conocieron.

(Como veinticinco años atrás, desandar lo andado. Como ahora, veinticinco años atrás, desanduvimos el camino —entonces una carretera mala, hoy una avenida a cuyos lados lucen las verjas que limitan las fincas a lo largo de toda la carrera. Y otra vez a la Ciudad Primada).

MI PRIMERA NOCHE EN SANTO DOMINGO

Se me había hablado largamente de la escasa seguridad personal que había en Santo Domingo; de que era rara la persona que se aventuraba por las calles después de las nueve de la noche; de que oír silbar las balas era cosa corriente, y de que estaba prohibido formar grupos y hacer tertulias, y en éstas, comentarios contra el Gobierno. ¡Cuál no sería mi asombro al asomarme al balcón aquella noche del 8 de diciembre y abarcar con la mirada la explanada del Parque Colón, llena de gente que se paseaba o se detenía en los bancos a conversar con los amigos! Todo estaba alegre y apacible como la noche que nos arropaba. Estuve hasta pasadas las once, acodada en la vieja balaustrada, contemplando a mi derecha la Catedral evocadora de siglos muertos. Rendíanme el cansancio y el sueño, y, aminorados un tanto los recelos que me acosaron al principio, menos desconfiada de mis "enemigos", menos tirantes los nervios que estuvieron tensos por varios días, mi cuerpo y mi espíritu pedían olvido...

Como pretendo ser fiel a los hechos, hasta donde mi memoria y los apuntes me ayuden, es preciso que diga que tomé todas las precauciones imaginables para que mi dormitorio resistiera cualquier ataque que pudiera ocurrir durante la noche, mientras yo dormía: Cerré bien todas las puertas, corrí todos los cerrojos, puse los muebles contra las puertas, y sobre éstos los objetos que al caer —en caso de ser empujado el mueble— hicieran ruido. Registré la puerta contra la cual estaba la cabecera de mi cama, y, por último, me acosté con la cabeza hacia donde creerían que tuviera los pies... Me encomendé a Dios y me hudí en la Sombra...

9 DE DICIEMBRE DE 1931

Desperté ya entrada la mañana, satisfecha de haber dormido bien y mucho más satisfecha de estar todavía viva. Desayuné en mi cuarto, por el que estuve paseándome como animal recién enjaulado que trata de acostumbrarse a los rincones de su prisión.

Me servía de camarera una chiquilla mestiza, oficiosa y parlanchina, cuyo acento me sonaba gracioso y cuyas frases tenían para mí gran valor, ya que por su boca inocente me hablaba el pueblo. Tenía, a lo que me dijo, trece años, y se llamaba Flora, según ella, o Mercedes —oí llamarla por este nombre.

Con particular esmero acomodaba Flora mis trajes en el perchero y alineaba mis zapatos y ordenaba mis chucherías, mostrando arrobo indecible al tocar las cintas y encajes de mi ropa de seda.

Y sin que se lo preguntara, me dijo:

—Yo voy a la e'cuela...; pero mi hermana e'ta enferma y yo tengo que hacer e'te servicio, porque si no ella perderá la colocación.

Creí defecto en ella el modo de silenciar las eses en medio de palabra; más tarde comprobé que existe ese vicio en parte del pueblo.

Entre otras cosas, me contó:

—Cuando el terrible ciclón rompió el puente sobre el río (se refería al sobre el Ozama), lo' que vivíamo' al otro lado no' quedamo' separado' de e'te lado... Y no podíamo' pasar...

—¿Y cómo hacían para comunicarse? Usaban lancha ¿no?

—Pue' verá: El Presidente mandó poner una cana'ta grande que la llevaban de acá para allá por una soga... por el aire... En ella pasaba la gente.

—¡Vaya un paseíto aéreo en funicular! —Comenté, animándola a seguir su charla.— ¿Y qué dijo el primero que pasó?

—¿Qué cree u'té que dijo?

—Seguramente diría "Creo en Dios" cuando estaba en mitad del viaje...

Compadeciendo mi ignorancia del hecho, garrosa de hablar y contenta de contarme cosas nuevas, exclamó:

—¡Qué va! Nada de eso. Cuando e'taba en medio del río gritó: "¡Viva el Presidente Trujillo!". (Esto es histórico).

—¡Vaya, vaya! Según eso, quieren bien a su Presidente...

Como quien dice algo de suprema importancia, en tono muy confidencial añadió:

—Le diré: Hay de todo, como siempre. Aquí nunca e'tán contento'. Uno' dicen que él e' bueno... y otro' se quejan...

La respuesta dejaba ver su no poca penetración y su mente alerta, cosa muy corriente en la gente del pueblo de nuestra América Latina.

—Eso pasa en todas partes... —le dije—. Y es buena señal... Pero tú, personalmente, ¿qué me dices del General?

Pensó, como si hiciera memoria crítica. Después recomenzó:

—Le diré: Yo tengo un tío (que no lo era, por lo visto) que es ahora capitán del Ejército. Es padre de mi prima la hija de mi tía, la hermana de mi mamá; él se ha portado muy mal con mi tía. Mi mamá se lo decía: 'Tu no tiene' que andar detrá' de 'ese hombre..." Porque cuando... Bueno, ahora la ha dejado para casarse con una muchacha rica que dice que e' jovencita y linda... Y el General lo ha hecho capitán...

—¿Y como se llama ese tío tuyo?

—Se llama el capitán Fructuoso Sánchez...

Interrumpió la charla un mensajero que me traía una esquelita de una amiga y compatriota mía que deseaba verme. Púsele unas líneas invitándola a almorzar conmigo aquella mañana. Y terminado el arreglo de mis ropas, despedí a la diminuta camarera.

No se hizo esperar mi amiga, Aurora Vázquez, acudiendo tan pronto recibió mi tarjeta. Entró toda llena de contento, de ese contento que nos produce el encontrar una compatriota en tierra extraña.

—¿A qué has venido, chica? ¡Me alegro tánto de verte!

—¿A qué quieres que venga?—Contesté preguntando.

—Después de aquellos artículos tuyos...

—¿Y cómo te enteraste de que estaba aquí?

—Por la Prensa y por tus cables... Sabrás que estoy en el cable... en All America Cable...

—Ya recuerdo...

—Pero ¿a qué vienes?

Nos acomodamos en el lecho, con sendas almohadas, frente a frente, ella hacia los pies, siempre riendo.

(Las que siguen son palabras textuales).

—Vengo a comprobar lo que he escrito.

—No podrás. Te encontrarás desconcertada al ver cuán diferente es esto de como nos lo pintaron. Tú sabes que yo estuve dos meses pendiente de venir a ocupar mi puesto aquí, y que me lo quitaban de la cabeza con cuentos. Cuando llegué tuve que reconocer que había sido víctima de falsedades, por lo menos en las cosas que a mí me incumbían.

—Lo mismo me pasa a mí. Y celebro que tú, que ya llevas aquí bastante tiempo, me lo digas, porque... no sé, creo haber estado alucinada o estarlo ahora...

—Antes, chica, antes... Ya te convencerás.

—¿Y cómo te va?

—Muy bien. Como soy ciudadana americana, estoy en la colonia americana y tengo en ella mis mejores amigos. Eso no quiere decir que no conozca muchos dominicanos; pero me mantengo alejada de ellos por las costumbres un poco diferentes de los nuestras. Tú sabes que nosotras las puertorriqueñas gozamos de mucha más libertad que las mujeres de aquí. En este país, pasadas las nueve de la noche, hay que ir acompañada de alguna amiga para andar por la calle; si no, se expone una a que la juzguen mal. (Pienso que yo fui un verdadero escándalo en Santo Domingo). No voy a sacrificar mi santa libertad... Es duro corregirse después de estar hecha a ciertas costumbres, y mucho más cuando no se ha de vivir aquí toda la vida...

(Mi amiga se casó con un dominicano y formó allí su hogar).

—Pero tú, —insistí— que eres mujer despierta, inteligente, habrás hecho tus observaciones al margen de los acontecimientos...

—¡Claro!

—¿Y qué?

—Mira: El mayor mal que padece el gobierno del General Trujillo es la falta de dinero... ¡Tú sabes lo que eso significa! Es enorme la deuda y las dificultades que tiene que vencer son más enormes todavía... Y en estos pequeños países, donde todos se conocen y están emparentados, tienen que entrar en juego, a veces, muy a menudo, consideraciones que suelen afectar a los mejores gobiernos...

—¿Te refieres a condonaciones de impuestos o a cosas parecidas?

—¡Tal vez!

Sonreímos. Yo proseguí:

—Eso es muy común en todas partes... Oye: Cada vez estoy más convencida del fracaso de nuestra democracia. No servimos... Están aún vivos los Conquistadores que nos sembraron en estas latitudes... Somos demasiado individualistas... Es preciso educar para ello al pueblo, para que sea consciente de sus deberes y derechos...

No quiso almorzar conmigo. Prometió que nos veríamos de nuevo; cosa que se quedó en promesa, como otras tantas...

.....

Después de la siesta, llegó Noel acompañado de un escritor cuyo nombre no recuerdo. Fuimos a visitar el "Listín Diario", periódico de mayor circulación y reputación en la República, entonces.

Era el Director del citado diario el señor Perellano, quien nos recibió con gentileza genuinamente dominicana. Hablamos de cosas diferentes —él tratando de llevarme insensiblemente hacia ciertas manifestaciones; yo, esquivando el tema...

—Y ¿qué impresión me ha causado la ciudad? Pues... estoy como embrujada; me siento como si estuviera en mi pueblo, en los días de mi infancia. Santo Domingo me recuerda a Humacao, porque es la ciudad nuestra que más conserva de su pasado español. Me seducen esas casas antiguas con sus rejas románticas. No me explico cómo ustedes se resignan a dejarlas desaparecer... El vivir frente a la Catedral me trae a la memoria que yo iba al atardecer a jugar en el atrio húmedo y luminoso de la iglesia de mi pueblo. Encuentro aquí vivas añejas costumbres españolas. ¡Santo Domingo de Guzmán! Yo la apellidaría "Toledo de América", por austera y hospitalaria, porque conserva el legado de sus fundadores, que sabe sufrir serena, privarse, ser altiva en su dolor y dar generosamente lo que tiene, huraña, recia, firme en su madurez de matrona...

10 DE DICIEMBRE DE 1931

Noel no apareció en toda la mañana.

Me disponía a dormir la siesta cuando se me avisó que un redactor de "La Opinión" deseaba visitarme. Ofrecí recibirle a las cuatro de la tarde. Presentose bastante después, dándome mil excusas por su tardanza. Era un tipo cortés y conversador.

—Vengo por una entrevista para mi periódico. —Declaró.

—Si viene a confesarme, no empiece: Me parece ridículo ser entrevistada. Además, no he hecho "examen de conciencia..."

—Está bien. No pretendo sino saber sus impresiones...

—Excelentes. Me encanta la belleza de los recuerdos que despierta en mi alma esta vieja ciudad. Me gustaría mucho vivir aquí.

—De modo, que ha superado lo que usted esperaba...

—Así es. Creí encontrar esto en una especie de ebullición perpetua. Es muy distinto lo que se cree en Puerto Rico.

—¿Y de nuestro Gobierno, qué tiene que decir?

—Suplico no mencione que me ha hecho esa pregunta. Aún no tengo motivos para opinar sobre eso. No va a esperar usted que yo falte a las reglas de cortesía y me ponga a criticarles en su propia casa o caiga en la majadería de alabar a primera vista. Cuando me haya ido podré, digna y libremente, decir lo que me parezca; no querrá que piensen en mi tierra que me arrancaron unas declaraciones a punta de puñal contra el pecho.

—Hablemos de literatura.

—Sería preciso dedicar un párrafo a cada literato, y no acabaríamos nunca. . . Pero le diré. —Unas opiniones sin alcance ni ilación, le di, sobre dos o tres poetas y escritores puertorriqueños, de los que entonces privaban.

—¿Y de política puertorriqueña?

—Eso es distinto. Aunque todavía no la veo clara. Busco, sin hallarlo, el hombre que sea capaz de guiarnos hacia un porvenir mejor que el presente... Creo que al fin se harán dos partidos: El que quiera la independencia y el que pida la estadidad. (Nunca se me ocurrió que habría uno que no querría ninguna de las dos cosas...)

—¿Y Albizu Campos?

—Dicen que es hombre íntegro. No le conozco. Pero no creo en ningún movimiento libertario hecho a base de enconos personales...

—¿Es usted independentista, sin duda?

—¿Quién no anhela ser libre?

Hablamos de los partidos políticos activos entonces: El Partido Socialista, que era adicto al Gobierno; El Partido Republicano, que estaba contra la República... de Puerto Rico. ¡Contradicciones! Del Feminismo... del voto para la mujer, contra el cual estaba yo —porque no creía que iba a resolver ningún problema fundamental y sí a quitarnos unas cuantas encantadoras bobadas... privilegios; porque consideraba que, aun sin voto directo, la mujer es y seguirá siendo el eje de la humanidad...

Al separarnos, le dije que tuviera la bondad de enviarme lo que escribiera, antes de que se publicara "porque no quería que sus ideas se le confundieran con las mías...", y que no mencionase la política dominicana, porque me pondría en el disparadero de desmentirle.

11 DE DICIEMBRE DE 1931

No vi a Noel hasta eso de las tres de la tarde del día siguiente cuando vino a mostrarme un telegrama del Presidente, en el que le decía que le alcanzáramos en Puerto Plata. Un capitán del Ejército había ido a informarle que podíamos utilizar el yate "Eros", surto en el puerto, que estaba a mi disposición, si quería ir por mar, porque los caminos estaban intransitables, debido a las lluvias.

—Tú dirás lo que quieres hacer. Pero, ten presente que el mar es malísimo en el Canal de la Mona... y que un yate no es un vapor... y el viaje tomará más tiempo...

—Comprendo: Le tienes miedo al canal. Iremos por tierra.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—Está bien. Son las tres. Voy a hacer mi maleta.

—Muy bien. Saldremos a las cinco. Viajaremos de noche.

—Los caminos están malos...

—No importa. No estarán mejor de día. Además, será muy interesante esta primera jornada. Tendré una emoción nueva: La inmensa negrura de la noche sin luna, a campo abierto, por caminos malos... Nos saldrán al paso los "gavilleros"... Veremos la oscuridad del bosque guardador de nocturnas alimañas. . . No puedo desaprovechar esta oportunidad de sentir la selva virgen entregarse a la sombra...

—No sabes lo que dices.

—Tal vez no vuelva a presentárseme esta oportunidad en la vida. Ya entiendes: A las cinco en punto.

—Tengo que buscar un auto y un chofer que quiera hacerlo...

.....

Todo se allanó. Y después de pagar yo mi cuenta del hotel salimos hacia lo que desconocía, en un auto tan malo como el primero, conducido por un chofer a quien Noel llamaba "Pajarito".

Atardecía, ya de camino, cuando pasamos frente a "La Opinión", y compramos un número de la edición que acababa de salir.

Dejamos atrás la ciudad, más triste a la caída de la tarde, y mientras yo contemplaba el paisaje cambiante, Noel comenzó a leer el periódico.

—¡No! ¿Pero te han entrevistado?

Como un botón de fuego me hizo saltar su pregunta. Ya había yo olvidado al joven repórter y la entrevista y todo lo concerniente a ella.

—No tuve tiempo de decírtelo... A ver ¿qué dice?

—¡Lee!

Su gesto indignado me puso en ascuas.

—Pero si le advertí que no aceptaría lo que él dijera, si antes no lo había leído yo...

—Pues ahí lo tienes. Mira tus opiniones sobre política dominicana...

—Pero esto no lo aguanto yo. Ahora mismo voy a desmentirlo.

—¿Cómo?

—Por telégrafo.

—Telégrafo no hay por aquí. ¿Volvemos a la ciudad?

—¡No! —Y mientras leía: —¡Pero esto es inicuo! Yo no he dicho eso....

—Pues te han embromado. Esto debe ser cosa de Enrique...

—¡Pero qué servilismo! —Y le ordené al chofer: —Haga el favor de detenerse en la primera estación de telégrafos que encuentre.

—Telégrafo no hay por acá... Lo primero que hay es un teléfono en Villa Altagracia... Y allá llegaremos como a las nueve...

Me sentí atrapada. Estaba furiosa, con una de esas furias realmente femeninas. Porque lo que más me exasperaba no era precisamente que pusiera en mi boca lo que yo no había dicho y le había prohibido decir, sino el que saltara sobre su promesa de enviarme el original para firmarlo.

—¡Qué servilismo! Hacerme pasar por quien está rindiendo armas sin haber dado la batalla. ¡Estas son las cosas que levantan los ánimos en contra de Trujillo!

—De las cuales él es perfectamente ajeno. . .

Hubiera querido regresar a la ciudad y buscar al idiota y pegarle... Pero hubiera sido, según me hizo ver Noel, armar un escándalo. Y ya estábamos bastante alejados, entre la Villa y la ciudad. Opté por tener paciencia y esperar hasta que llegáramos a Altagracia. Pero iba redactando mentalmente el mensaje que al fin cursé por teléfono:

"Listín Diario" y "La Opinión", Capital.

"Vine al país invitada por el culto escritor y caballero Lic. Noel Henríquez, en viaje de recreo. Considero falta de hospitalidad y cortesía imputarme declaraciones que no he hecho ni he sugerido. Declino elogios al amparo de los cuales se me atribuyen inexactitudes. No hemos hablado en absoluto de política dominicana en entrevista "La Opinión". Martha Lomar".

Ese desahogo aflojó un tanto mis nervios, y me acomodé lo mejor que pude, para soportar las incomodidades del viaje, pues el camino nos propinaba inesperados saltos, aunque el chofer usaba toda su pericia para evitarlos. A ratos, el "chasis" tocaba las piedras mondas de la vía, mientras los neumáticos se le hundían en el lodo. Iba el auto poco más que a paso de bueyes. A pesar de todo, Noel se durmió.

Muy avanzada la noche llegamos a Bonao, que estaba a oscuras —no sé si porque no tenía alumbrado eléctrico o porque lo tenía descompuesto. Como no habíamos probado bocado desde el mediodía, quisimos tomar algún alimento, y el chofer nos llevó a una posada, donde lo que conseguimos fue café y emparedados —malos. El recinto donde cenábamos era amplio y cuadrado, y estaba iluminado por un quinqué. Sobre la mesa, grande y redonda, puso el chino, dueño de la posada, una botella con una vela. Noel me miró a la cara, viéndome observar todos los detalles, y me preguntó:

—Muy novelesco, ¿verdad?

—Hace rato que vivo como en los viejos cuentos. . . Me parece que viajamos como viajaban los personajes de Dumas, padre, en los novelones que hicieron las delicias de mi adolescencia.

Noel me miraba; humeaban el quinqué y la vela; el chofer tomaba su café. El chino parecía una estatua junto a su mugriento mostrador.

—Oye, chino: ¿Cómo está esa carretera?

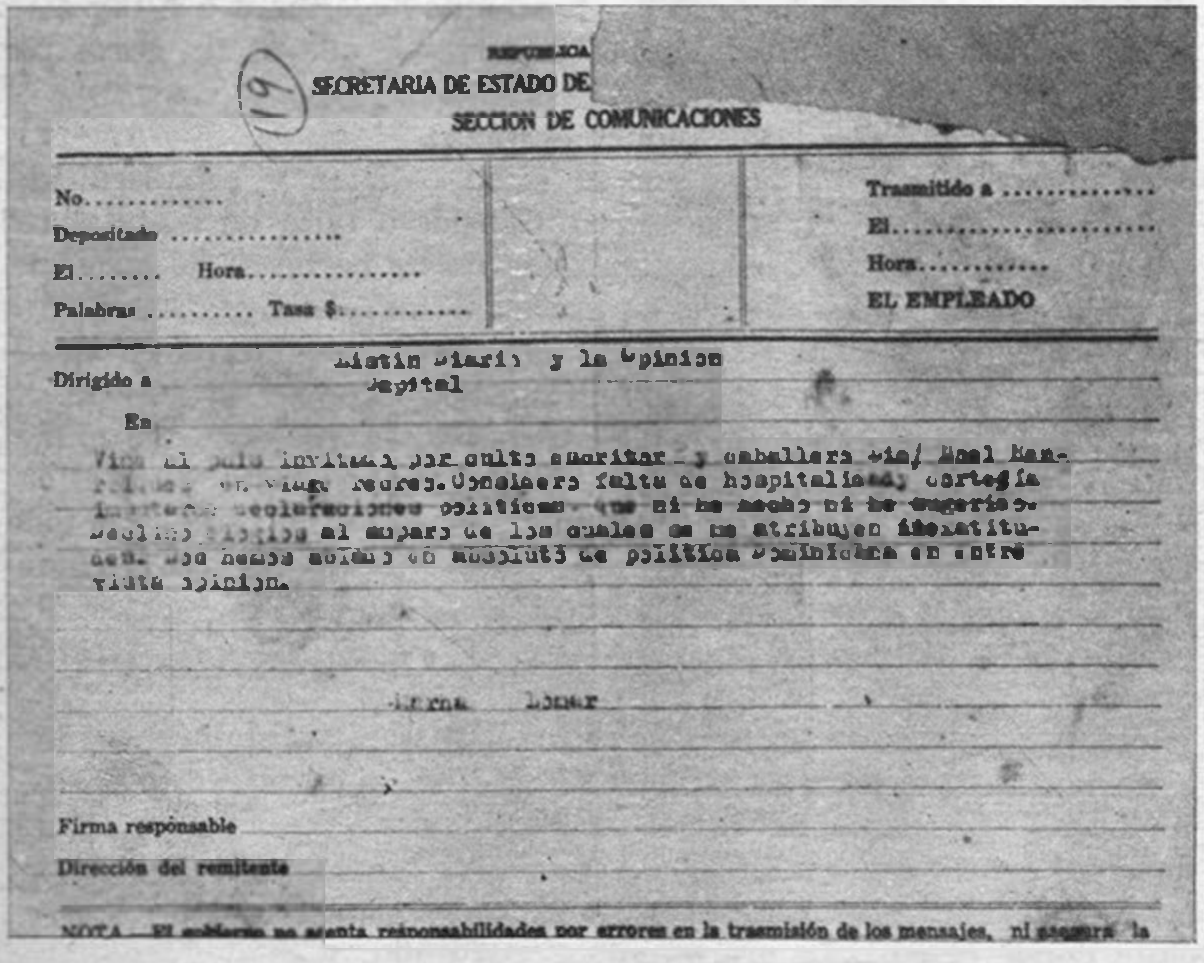
—Hay un pedacito bueno. . . hasta La Vega. Luego está mal, malísima, hasta Moca. Y peor desde Moca hasta Santiago.

Suspiré.

—¡Ya es un consuelo saberlo!

Reanudamos la marcha.

Cada puente, cada recodo, reclamaba que se hablase de él, contándome lo que ocurrió allí cuando éste o aquél cambio de Gobierno. Era raro el punto estratégico donde no hubiera ocurrido algo digno de mención.



REPUBLICA

SECRETARIA DE ESTADO DE

SECCION DE COMUNICACIONES

No.....
Depositado .....
El..... Hora.....
Palabras ..... Tasa $.....

Trasmitido a .....
El.....
Hora.....
EL EMPLEADO

Dirigido a ... Listín Diario y La Opinión
Capital

En

Firma responsable

Dirección del remitente

NOTA: El suscrito no asume responsabilidades por errores en la trasmisión de los mensajes, ni garantiza la

Protesta escrita por la autora contra declaraciones de ella aparecidas tergiversadas en el periódico "La Opinión", en los primeros días de su visita a la República Dominicana.

La noche, de luna nueva, era propia para evocar trasgos y alimañas fantásticas. Hablábanme Noel y Pajarito de gavilleros y "bienvenidos". Los tales bienvenidos son seres extrahumanos que se aparecen a eso de la medianoche en los caminos poco transitados, para asustar a quien se arriesga por ellos; quien los encuentra, en ferma; por tener los pies vueltos hacia atrás, caminan de espalda, así van siempre precediendo de frente nuestros pasos. . . ¡Burr. . ! Por ellos, la gente evita viajar de noche. . . ¡Lindos cuentos para entretener la velada!

Alguno que otro perro salvaje nos salía al paso —coruscantes los ojos y erizado el lomo—, y los gatos alzados, que merodeaban por las orillas del camino, desaparecían rápidamente en la maleza.

Millas y millas de carretera por campo despoblado. Muy de tarde en tarde una choza solitaria dormía como aterida de espanto por la negrura de la noche y la carencia de vecindario. La pausada marcha del auto nos permitía oír los murmullos del bosque y el canto agorero de las aves nocturnas.

Volvió a dormirse Noel, y yo, con la cabeza recostada contra el cristal de la ventanilla, contemplaba las incontables estrellas de nuestro cielo tropical. El chofer luchaba contra los desniveles del camino. . .

. . . . . .

Pasada la medianoche llegamos a Santiago de los Caballeros. Por su situación geográfica y por su historia, Santiago es el corazón de la República Dominicana. Impone respeto su serena seguridad, como la del valiente que no desconoce su fortaleza.

Habíamos pasado sin detenernos por Moca y La Vega Real, para salvar tiempo, y estábamos molidos y soñolientos, ansiosos de tirarnos en cualquier parte. Nos acogió el entonces muy moderno Hotel Mercedes, en cuyo registro me inscribí con mi nombre verdadero. Se me asignó el cuarto 22, pero yo cambié con Noel y ocupé el suyo, que era el 21 —por si acaso. . ., porque mis temores no habían desaparecido todavía y se acentuaban cuando me dejaban sola.

. . . . . .

Bien temprano, al otro día (o el mismo día), tan pronto desayunamos y el chofer revisó su auto, continuamos el viaje hacia Puerto Plata.

12 DE DICIEMBRE DE 1931

PUERTO PLATA

Puerto Plata será siempre el "sésamo, ábrete" en las memorias de aquellos días, que fueron de singular aventura para mí.

A la una de la tarde, cansados, estropeados por el largo e incómodo viaje, llegamos a la ciudad donde habría de ser yo presentada a aquél a quien mi imaginación había dado características de Barba Azul. El ejército había desembarcado y llenaba de bullicio la ciudad. Fuimos a parar en una casa de dos plantas, de madera, que se decía hotel y tenía algo de posada, abarrotada de oficiales. Me sentí muy cohibida (y un poco miedosa) entre tantos uniformes. Al verme

entrar, un oficial me cedió su asiento, en el que me dejé caer como exánime —todo mi ser pedía un mullido lecho y muchas horas de sosiego. . . A mi lado, un caballero en ropa civil. Entraban, salían, hablaban. . . me miraban de reojo. . . Todo me llegaba confusamente.

Cuando regresó Noel, que había ido hacia el interior de la casa, el caballero que estaba a mi lado le preguntó:

—¿Qué te trae, Noel?

No sé qué le contestó, pero sería algo evasivo, porque el otro insitió:

—Algo extraño te trae, Noel. . .

Me veían, sin mirarme; era yo el centro de observación indirecta, motivo de curiosidad. . . Oí a mi acompañante explicar la necesidad de acomodarme, siquiera fuera pasablemente, para que descansara un poco. Luego me presentó su interlocutor:

—Mario Fermín Cabral, presidente del Senado Dominicano.

Trabamos conversación y, por decir algo, le dije que me gustaría asistir a una sesión del Senado, pues siempre me interesaba ver cómo se desarrollan los detalles en la vida de los pueblos.

—Ahora hemos terminado: Estamos en receso. Pero no vería nada extraordinario. . . igual que una sesión cualquiera de Puerto Rico. La única diferencia es que, aquí, cuando se presenta un asunto es para aprobarlo.

—Ya veo que la diferencia es bien poca. . . porque, allá, aunque se sabe que van a ser firmados, los discuten. . . por pura fórmula. La minoría es la que discute. . .

Noel, que nos había dejado poco antes, regresaba del fondo de la casa, y nuestra atención volvió a él.

—¿Encontraste acomodo?—Preguntó Cabral.

—No.

—Pues es necesario que se le proporcione inmediatamente. Voy a hablar con la patrona, para que le prepare una habitación aquí.

Quedé sola de nuevo. Me entretenía en mirar a los que me rodeban: jóvenes, fuertes, bien plantados, en uniforme kaky. Y pretendía profundizar la mente de aquellos seres. . . y me decía: "Indudablemente. . . El gobierno del General Trujillo no es sino un estado de alma del pueblo dominicano. Sus partidarios tienen a Trujillo prisionero. . . No puede escapar a su destino. . . es un parapeto tras el cual se escudan para ocultar sus personalidades amorfas, haciéndole blanco de todas las inculpaciones. . . "

. . . . . .

Después de almorzar, subí a la habitación que me habían pre-

parado en el piso principal. Me eché a la cama, con la ropa puesta, y me dormí como una bendita, a pesar de que no me habían abandonado los temores. Cuando desperté, volvió mi asombro al encontrarme todavía viva. Pensé: "Será esta noche". . .

El cuarto en que me encontraba era estrecho, pequeño; tenía un perchero, una mesita vieja, un lavabo con su jarra de agua dentro de la palangana y un balde al pie —para el agua usada—; sobre el lavabo, en la pared, un espejito barato. Por su elegancia, la cama hacía juego con el resto del moblaje, que no incluía silla alguna. Las paredes estaban pintadas con cal teñida de azul, y contaban su vejez por los agujeros que no se ocultaban; el piso crujía al más leve paso; la ventana única daba a un callejón y contra una pared que cerraba toda esperanza de panorama; una puerta abría al balcón sobre la calle, y la de entrada, a un pasillo sombrío.

En esa contemplación estaba cuando llamaron a la puerta.

El corazón me dio un salto: venían ya. . .

Pero era Noel quien llamaba, para comunicarme que "el señor Presidente me avisaba que me visitaría aquella tarde; que le aguardara".

No puedo expresar lo que experimenté: Asombro o halago o miedo por tanta gentileza. Me embargó una profunda inquietud. Por animarme, le pregunté:

—¿Encontraste tú acomodo?

—Sí. Estoy en el Hotel Mercedes; tal vez mejor que tú aquí, pero tú estas mejor aquí. Porque aquí vive una familia puertorriqueña. . . y hay además las hijas de la patrona. . . Puedes estar tranquila.

—¡Tranquila. . ! —Sonreí. —No te preocupes por mí; estoy resignada. . . y tranquila.

—¡Vaya! me alegro.

—¿Y qué te dijo el Presidente?

—No he podido verle. Está ocupadísimo. Bueno: Te dejo, para que te arregles; te espero abajo.

Mentalmente repasé la lista de los vestidos que tenía allí, buscando el que mejor me sirviera para aquel encuentro de "enemigos", pues bien sabía que la buena presencia ha ganado más batallas que el talento, y quería hacer buena impresión en el hombre que vendría a visitarme. (No es que los hombres se fijen en el atuendo. . Es el primer golpe de vista el que les predispone). Escogí un traje verde esmeralda en la falda y listado en amarillo ocre, verde y negro, en la blusa —traje de calle—, y completé con un sombrerito de paja natural con cintas de triple color como la blusa, cartera, guantes y zapatos negros. Todo armonizaba con mis ojos verde-amarillentos-

azules (un poco gatunos) y mi pelo dorado.

No obstante mis afanes por mejorarlo, mi rostro se veía cansado.

Al fin bajé, con el sombrero en la mano y los guantes en la cartera, a la salita donde me esperaba Noel. Eran pasadas las tres de la tarde.

Transcurrieron las horas, y ya atardecía sin que llegase el anunciado visitante. Inquieto, Noel me dejó de nuevo para ir a ver qué sucedía. Durante su ausencia, otra vez sola, trataba de desentrañar los sucesos, relacionándolos con mi telefonema a los periódicos. . . Pero, como de ordinario, dispuesta a sufrir las consecuencias, si había inflamado más el ánimo del Presidente en contra mía.

No había pasado un cuarto de hora, cuando oí detenerse un automóvil frente a la casa. Era un hermoso carro, del cual bajó un apuesto oficial, que se anunció:

—El teniente Pedro Trujillo. —Era el menor de los hermanos del General, y venía de parte de él, a buscarme para conducirme a su presencia. El Presidente había estado tan atareado "que las muchas ocupaciones le habían privado del placer de verme antes".

Esta vez se me volcó el corazón. . . y todavía no sé cómo no caí, difunta. ¡Nada! Este joven venía a buscarme para llevarme frente al pelotón encargado de fusilarme. (No estoy exagerando, no podía imaginar menos, si se toma en cuenta lo que me habían contado. . .) Le miré; sonreímos. . . Dudé antes de meterme en la "trampa". . . ¿Qué habría sido de Noel? Por lo menos estaría ya preso. . .

Como no me quedaba otro recurso y no quería traicionarme, cogí el sombrero y me lo puse, y me puse los guantes. . . y agarré la cartera.

—Vamos.

Gentilísimamente escoltada, subí al auto. . . y partimos. Ya era de noche. Íbamos hacia lo que para mí sería el clímax de la aventura.

Me aturdían ideas y emociones que se sucedían vertiginosamente, todas contrarias entre sí: Alegría y tristeza, desdén e interés, ansiedad, curiosidad, temor. . . ¡una avalancha sobre mi alma toda trémula. . ! Pero, eso sí: Muy segura de mí misma, en la apariencia serena de mis acciones.

Se detuvo el auto ante una residencia fronteriza a un parquecito.

EL GENERAL Y YO —frente a frente. . .

Entrar en campo enemigo, sin saber nada de nada, sola, sin más seguridad que la que nos da el subconsciente, como entré yo aquella noche, en aquel momento, no es placer barato. . . y yo lo sentí sa-

cudirme en alma, mente y cuerpo, al llegar a la mansión en cuya galería exterior estaban alineados militares cuyas miradas frías y fijas me vieron pasar serena, mientras ellos se cuadraban en saludo.

Traspusimos la ancha puerta de entrada. Noel se levantó a recibirme, y los demás presentes se pusieron de pie.

—El licenciado Balaguer. . .—Me le presentó Henríquez.

—¡Qué extraño! —pensé—. ¿Por qué no me presenta al Presidente?

Creí que estaba en la sala "mi enemigo", y miré en torno mío. Detrás de Noel vi un hombre alto, robusto, rubio, de ojos claros, relativamente joven. . .

—El señor Presidente. . .—Me le presentó.

Saludé con un movimiento de cabeza. Estaba desconcertada. ¡Y qué desencanto! Ni remotamente se parecía aquel ser a los retratos que de Trujillo me habían mostrado. ¿Y era aquél el hombre contra quien yo había escrito, por quien había viajado y soportado tantas incomodidades? ¡Lo que hace la distancia. . . y el desconocimiento. . . y la imaginación.

—Tenga la bondad de sentarse.—Dijo él.

—Gracias.—Dije fríamente, mientras nos sentábamos.

Su voz tampoco me decía nada.

Yo no salía de mi asombro y no me conformaba con la ilusión rota. Porque yo esperaba otro hombre, con personalidad perfectamente definida, hosco, rudo si se quiere, en cuya presencia yo sintiera algo extraño. . . Nadie hablaba. Llegó el silencio a ser embarazoso.

—¿No sería mejor pasar al comedor. . ? —Sugirió Noel, pareciéndome una solemne impertinencia que actuara tan "en su casa" como para decir tal cosa al propio Presidente.

Levantáronse. Yo les imité. Me indicaron que les precediera hacia el arco que daba acceso a la otra pieza. Al llegar a la puerta, me detuve: En medio de la estancia, había una mesa, a la cual estaba sentado un caballero que se levantó y adelantó un paso.

—El General Rafael Leonídas Trujillo Molina, Presidente de la República Dominicana.—Dijo Noel, con voz ceremoniosa.

—Sí. Este sí es.—Dije yo, sin poderme contener, mientras Trujillo se acercaba, extendiendo la mano para tocar la mía.

Rió el Presidente; rieron todos de mi asombro, de la broma que tan finamente me habían preparado para que no fuera tirante el momento de nuestra presentación.

Rió Trujillo de buena gana, diciéndome:

—El señor es mi médico. . . No tiene aspecto de "presidente". . .

El Generalísimo Rafael L. Trujillo, durante los días de la visita de la autora a la República Dominicana.

—y agregó jocoso: —Ya ves, Benzo. . . Dice que no. . . ¡Qué ha de ser!

—Es que era imposible que las fotografías mintieran tanto. . .

—Ya ves. . . —Continuó él implacable. —Dice que haces muy mala figura. . . —Y tomando en la mano izquierda una copa con champán, me la entregó. Cogió otra para sí, y me pidió que bebiera con él, brindándome:

—Por el placer de su visita. Por el placer de conocerla.

—Por el honor de conocerle, señor. . .—correspondí.

Sonrió y vaciamos las copas.

Le miré: Tampoco era aquél el hombre adusto, de mirada fría, que había en los retratos.

Rafael Leónidas Trujillo, en aquella noche, era joven, de porte distinguido, alto, saludable, de tez trigueña, limpia, tersa, sonrosada; los cabellos negros y ondulados lucían alguna que otra cana hacia las sienes; los ojos negros, grandes, expresivos, firmes, penetrantes, inteligentes. . . **Su ser emanaba un magnetismo poderoso que me hacía imposible sentirme "su enemiga".** Vestía pantalón claro, a rayas, y chaqueta oscura, abotonada; llevaba una linda corbata, en cuyo nudo lucía una perla engarzada en oro.

Nos sentamos. Hablome de la satisfacción que le había causado saber que yo había desmentido a "La Opinión", agregando:

—No quiero que mientras usted esté en este país se le obligue a decir nada. Cuando usted se haya ido y quiera decirlo de su propia voluntad, sea.

Así fue nuestro primer encuentro—el gobernante y su enemiga.

La señora de Saviñón, quien venía a buscarle para una boda que habrían de apadrinar los dos aquella noche, cambió el tema de la conversación. Después de presentármela, me invitó a acompañarles. Pedí unos minutos, para cambiarme de traje, y regresé al hotel, acompañada por el teniente Trujillo.

LA BODA

Al volver a la mansión, supimos que el General Trujillo había partido en aquel momento y que se dirigía a toda prisa hacia mi hotel, para recogerme. Aunque volvimos a toda prisa, sólo conseguimos perseguirle hasta la casa en fiesta.

Al bajar del auto el Presidente, tocaron como es de orden, el Himno Nacional Dominicano, y se detuvo el tránsito, y se apiñó la muchedumbre, cesando la conversación. Al perderse la última nota musical, Pedrito y yo echamos pie a tierra y penetramos en la casa.

Cuando aparecí en la puerta, se levantó a recibirme el General,

y dándome el brazo me condujo hasta el sitio que le había sido reservado, el que me hizo aceptar, sentándose él a mi lado en una sillita plegadiza.

La sala estaba llena de flores, y rebosaba gente bulliciosa.

Me fijé en el hombre sentado a mi lado: Vestía uniforme de gala, todo lleno de bordados en oro, y ostentaba condecoraciones, entre las que estaban El Collar del Libertador y La Cruz de la Legión de Honor Francesa. Sus manos, cuidadosas y finas, resaltaban, descansadas sobre los muslos, en la oscuridad añilosa del traje. Su cuerpo, naturalmente erguido; la cabeza dignamente inclinada hacia mí, para hablarme en voz baja, procurando que yo le oyera en medio de aquella algazara juvenil. El rostro escrupulosamente aseado—sonrosadas y tersas las mejillas, negrísimas las cejas y los ojos halagadores. Era digna de un rey su figura. Era tan amable y galante su conversación, tan gentil su presencia, tan reposado y discreto su trato, que me recordaba al Rey Sol de Francia, según nos lo describe Dumas en "El Vizconde de Bragelone". Yo soñaba.

A la hora de ir a la iglesia, Pedrito y yo seguimos en el nuestro (que era el del Presidente) al auto en que iban los novios y sus padrinos.

En la iglesia, ante el altar, los novios: El capitán Fructuoso Sánchez. . . y una linda señorita cuyo nombre se perdió en mi memoria; los padrinos: El Presidente de la República Dominicana y la señora de Saviñón (aún no sabía su nombre de pila). Los cuatro ante el altar, para la ceremonia en el rito cristiano. Cuando éste concluyó, novios y padrinos dieron la espalda al altar—el novio con su esposa, el padrino con la madrina, aparejados del brazo.

Al pasar junto a mí, el General me tomó en su brazo libre, y juntos regresamos a la casa para celebrar el fausto acontecimiento familiar.

Ya en la casa, pasamos en seguida al comedor, para el festejo nupcial. Nos sentamos a la mesa cuya cabecera ocupó el Presidente, estando la novia a su izquierda y yo a su derecha, el novio junto a la novia, la señora Saviñón junto a mí.

Tomose el champán de honor; se brindó por la felicidad de los recién casados. Hablábanse esas cosas triviales, dulces, imprecisas, que se hablan cuando hay damas jóvenes y caballeros galantes. . . y se está de bodas—risas y sonrisas rosadas o blancas. . .

—En mi tierra es costumbre que los novios se escapen. . . ¿No es así aquí?—Dije por lo bajo al General Trujillo.

—Es así.

—¿Y qué hacen aquí todavía los muy tontos?

—Voy a preguntarle a la noviecita.

Al poco rato me decía el Presidente, muy por lo bajo, mientras la recién casada asentía con una mirada de puro candor:

—Dice que esta noche no, porque su mamá no se siente bien. . . pero que mañana sí. ¿Qué le parece?

Sonreí sin comentar.

Se cortó el tradicional bizcocho. Pasome la de Saviñón unos bombones, sugiriéndome que le diera uno al General:

—Dele este "besito" al Presidente. . .

—Señor —le dije pasándolo—, aquí le envían este "besito".

—Perdóneme que no lo coma; temo hacerme empalagoso si como confituras, porque ya soy demasiado dulce. . . Lo que sí haré es poner un beso sobre este "besito". (Lo hizo). Ahora pone usted otro. . .

—No. —Dije—. Yo prefiero comérmelo.—Y me lo comí después de quitarle la cubierta de papel plateado.

A esa sazón, presentaron un hermosísimo ramillete de nardos y velo-de-novia al Señor Presidente, y él lo puso en mis manos. ¡Adorable carga de flores olorosas!

Volvimos a la conversación, y como yo le dijera que el gran sueño de mi vida era tan simple como tener una casita humilde a la orilla de un camino, junto a la cual hubiera un árbol grande con una trepadora de flores rosadas (no ha cambiado mi sueño), él me ofreció:

—Yo le daría la casita, pero con una condición. . .

—¿Cuál?

—Que la enredadera diera blancas las flores. . .

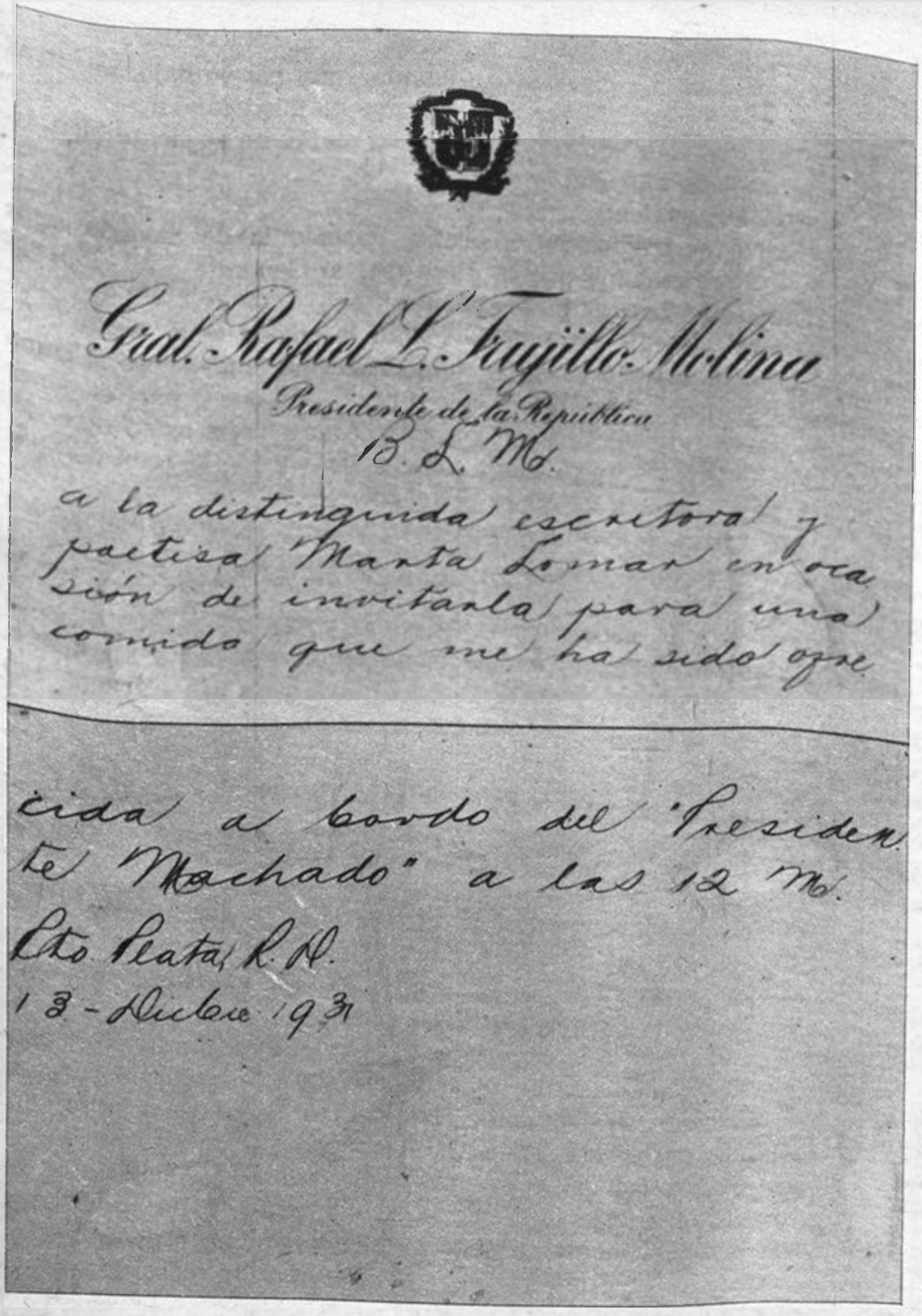
—¿Y por qué?

—Porque lo blanco simboliza la paz, y la paz será entre usted y yo (¡Siempre se sueña con un imposible! "Paz" parece ser el supremo anhelo de su vida, porque veinticinco años después, "Paz" ha puesto en el nombre de la feria que actualmente se celebra en su Ciudad Trujillo. Paz es lo único que no pueden alcanzar los poderosos). Arrancó una vara de nardos del ramillete, y me la puso en la mano. Silencié. El rompió mi mutismo:

—¿Quiere decirme lo que hay en el fondo de su alma. . ?

—No quiero contestar esa pregunta, porque es indiscreta. . .

Alguien que se acercó cortó la conversación, y no volvimos a hablarnos, hasta el momento de despedirme, cuando ordenó a Noel que me llevara al hotel en su auto "porque deseaba marcharse y no quería dejarme por detrás".



Gral. Rafael L. Trujillo Molina
Presidente de la República
B. L. M.

a la distinguida escritora y poetisa Marta Lomar en ocasión de invitarla para una comida que me ha sido ofrecida a bordo del "Presidente Machado" a las 12 M.

Pto. Plata, R. D.
13 - Dicbre 1931

Texto de una de las invitaciones del Generalísimo Rafael L. Trujillo a la autora.

BNPHU

13 Y 14 DE DICIEMBRE DE 1931

EL ALMUERZO A BORDO DEL "PRESIDENTE MACHADO"

Temprano en la mañana vino el capitán Fernández —si no me es flaca la memoria— portador de una tarjeta que dice así:

"Gral. Rafael L. Trujillo Molina
Presidente de la República
B. L. M.

A la distinguida escritora y poetisa Martha Lomar en ocasión de invitarla para una comida que me ha sido ofrecida a bordo del "Presidente Machado" a las 12:00 M. Pto. Plata, R. D. — 13 de diciembre de 1931".

A las once y media vino Noel a buscarme, para ir a saludar al Presidente, y unírnosle camino del puerto.

Al llegar a la mansión, después del saludo, dije a Benzo, que estaba con él:

—Parece que las lloviznas de anoche me han caído mal. . . ¿Tendría usted la bondad de recetarme algo que me haga reaccionar contra el resfriado? No quisiera enfermármeles. . .

—De momento. Yo mismo voy a prepararle un par de cápsulas, y estará bien en seguida.—Nos dejó.

A poco apareció un criado con una bandeja en la que traía un vaso de agua y un par de cápsulas. Estaban presentes el Presidente, Mario Fermín Cabral, Noel, Benzo y alguien más. Miré las cápsulas con ese disgusto que causa la idea de tragar en público algo desagradable. Miré a Noel.

—No temas. . . —Y a los demás: —Es que cree que Benzo la quiere envenenar por lo de anoche. . .

Benzo se puso serio. Los demás reímos. Instome Trujillo a tomarlas, y el médico alabó la eficacia de su medicina. Me tragué las cápsulas.

Noel, Cabral y yo tomamos nuestro auto, y salimos a recoger al Gobernador de la provincia, Sr. Limardo, quedando en reunirnos al Presidente allá en el muelle.

Cuando hubimos recogido al señor Gobernador, ya acomodados de nuevo en el auto, esta vez yo entre Cabral y Limardo, comencé a sentir algo muy anormal: Pareciame que toda la sangre se me subía a la cabeza y que me asfixiaba; fue como una ola roja que me arropó. No dije palabra, pensando que era la reacción provocada por la medicina.

Al llegar al muelle donde estaba atracado el "Presidente Machado", acercóse el General a recibirme. Yo no sé lo que le dije, pero sí que hablé a Benzo que le acompañaba, suplicándole:

En subiendo a bordo es preciso que me vea. No sé lo que me sucede, pero tengo la sensación de que me ahogo. . .

Ya sin conciencia de mis actos, subí por la escalerilla, detrás del Presidente, y tuve que escuchar todo el Himno Nacional Dominicano, tocado por la orquesta de a bordo. Todo lo oía como de muy lejos. . . y veía muchísima gente reunida en cubierta. Fue una verdadera tortura aguardar hasta que cesara la música, pero tan pronto terminó, abandonando toda preocupación social, me entré no recuerdo por dónde y fui a dar en un saloncito donde había dos Hermanas de la Caridad y una dama puertorriqueña, que iban hacia Ponce, quienes me hicieron objeto de sus atenciones.

Inmediatamente apareció Trujillo en la sala, con Benzo que le seguía. Encarando a su médico, le dijo:

—Te hago responsable de la salud de doña Martha. Mira cómo la atiendes para que se recobre en seguida. Me respondes de su salud.

Ya me sentía desmayar. . . Las hermanitas trajeron abrigos y una taza de té; querían acostarme. Pero yo, con el último esfuerzo que pude hacer, supliqué que me llevaran a casa. Benzo se hizo cargo de mí, me llevó al hotel y me hizo tragar el contenido de una ampolleta que llevaba en el bolsillo. Le supliqué que se fuera, para que el almuerzo no se le amargara al Presidente.

Cuando me encontré de nuevo en mi habitación, presa de una horrible angustia física, pensé en lo que significaría para el Gobierno Dominicano que yo muriera allí. Porque, por inocente que fuera de ello el General —y yo sabía que lo era—, no iban a pensar sino que me habían envenenado por orden suya. No empece mi estado físico, mi mente trabajaba, y me creía envenenada, por vengar la broma de la noche anterior, o por el afán de quitar de en medio a la enemiga del Presidente. . . (¡Que Dios y Benzo me perdonen, si eso es falso, pero hasta el día de mi muerte pensaré que estaba en lo cierto). No se detuvo a pensar lo que significaría, en contra de todos los mejores propósitos, una acción alevosa como aquella.

Antes de acostarme, me miré al espejo: Mi cara estaba del color de las cerezas maduras; mis ojos desorbitados parecían más grandes, se veían más verdes y estaban enrojecidos; mi pecho no alcanzaba a llenarse de aire. Horrorizada, llamé, y acudió una criada, a la que pedí una copa grande de aguardiente, suficiente para embriagarme. . . Pero mi angustia no me permitía ni siquiera amodorrarme. . . porque el corazón me latía violentamente, y en mi cerebro daban vueltas las caras de mis hijos, de mis familiares, de mis amigos. . . No sé cuánto tiempo tardé en caer en una especie de letargo, del cual me sacó la criada para avisarme que el teniente Trujillo venía de parte del Presidente a saber cómo yo estaba. Poco después volvió el médico, y esta vez trajo una poción que debería yo tomar por cucharadas cada tantas horas. . . (No la tomé).

Me halló muy mejorada el doctor Benzo. Me contó de lo espléndido que había estado el banquete, de los inspirados discursos que se pronunciaron, y de cómo el Presidente se había preocupado de mi salud. Me enteró de que esa tarde estarían en un asalto en casa de un Henríquez, cuyo nombre he olvidado.

Tan pronto se fue el médico, me levanté, me arreglé y mandé por el autor. Y ante el general asombro, me presenté en la fiesta como si nada me hubiera ocurrido ni hubiera estado tan mal aquella

mañana. Lo que yo perseguía era corresponder al interés del Presidente, quitándole la preocupación al verme ya bien.

. . . . . .

Cuando regresé del baile, hallé en el comedor del hotel al teniente Trujillo que cenaba con dos o tres personas más. Me invitaron a su mesa, pero me excusé aceptando sólo un vaso de leche. Iba a preparar mis maletas, porque en aquellos momentos salía el Presidente hacia Montecristi y me había invitado a seguirle.

A las siete y media dejamos la ciudad, en una noche caliginosa, por el camino que ya he descrito, en viaje hacia Montecristi. Iban conmigo Cabral y Noel, con lo cual el camino nos parecería menos desagradable.

15 DE DICIEMBRE DE 1931

MONTECRISTI

Llamábase Casiodora la dueña de la hospedería, y Casiodorita su sobrina, o hija, y la casa era de madera, de dos plantas, y los aposentos—supongo— como el que me tocó. . .

Habíamos llegado inesperadamente, como a la una de la madrugada del 15 de diciembre. Yo, hambrienta, porque salvo el vaso de leche que tomé al atardecer, nada había probado desde el desayuno el día anterior; mis compañeros, cansados y soñolientos.

—¡Casiodora! —gritó Cabral—. Aquí tienes esta señorita. Atiéndela bien, con todo miramiento: ¡Veinte criadas para servirle! Ya lo sabes: El mejor aposento, para ella.

Todo aquello me sonaba al Quijote, a quien por lo alto y casi enteco se me le parecía Mario Fermín. Nos reímos a carcajadas, porque resultó que Casiodora, a fuerza de querer "acotejarme", hizo preparar el "mejor cuarto", único libre, en el que había dos camitas —una para mí. . . ¡la otra para Cabral!

Furioso, rugía él contra la infeliz mujer:

—¡Mucho cuidado con la señorita, animal! ¿De dónde te sale que yo duerma en su cuarto?

Yo bien entendía que una mujer que llega a tales horas de la noche, con dos hombres, quien no parecía una cualquiera, necesariamente tenía que estar desposada con el que de tal modo la recomendaba, ya que yo no era tan joven ni él tan viejo como para parecer padre e hija. . . Con todo, me tocó dormir en un cuartucho largo y estrecho, donde estaba colgada la ropa de las hijas de la casa y había un sin fin de trastos arrinconados, y Cabral y Henríquez, a ruegos míos —que quería saberles cerca— ocuparon "la mejor habitación de la casa". . . Pero, como para dormir bien, lo que se necesita es sueño, dormí profundamente.

. . . . . .

Por la mañana, desembarcó el ejército, que había navegado. Me enteré de que el Presidente se alojaba en una casita de campo cerca de la ciudad, pero ahora estaba en el cuartel, trabajando, y hacia allá nos fuimos.

Saludome con gran muestra de contento el General, y me presentó al señor Mena (no recuerdo su nombre) que le acompañaba. Este señor Mena ocupaba un alto puesto en el gobierno de la provincia. Pidiole Trujillo que me acomodara en su hogar, "en la habitación que solían darle" cuando él les visitaba, rogándole que fuera yo objeto de todas sus atenciones, "como con él las tenían".

. . . . . .

Cuando llegamos a la casa de Mena, encontramos que ya estaba allí el Presidente con algunos oficiales de su Estado Mayor. Como hablaban informalmente, me senté entre ellos, y supe que el pueblo había preparado algunos agasajos, entre ellos un baile para el General, que se celebraría esa noche en el Casino.

—Quiero que haya cena, con salcocho y chivo, para obsequiar a doña Martha, y que así ella también conozca y saboree nuestros guisos. . . —dijo él.

—¿Y así trata usted a sus enemigos, señor?—Le pregunté.

—Así, señora mía: Les venzo, rindiéndome.—Me contestó mirándome intensamente, noble y generosamente.

Sentí que los ojos se me humedecían. . . Pedí permiso, y pasé

al comedor, donde me esperaba la señora de Mena.

. . . . . .

Montecristi es sitio como para tramar cosas grandes. En más de una ocasión ha sido asilo de conspiradores. Allí estaba la casa donde José Martí redactó su célebre "Manifiesto", vieja y ruinosa. Separada del resto de la República por leguas y leguas de terreno llano, seco y sin regadío, donde los chivos se avienen a vivir ramoneando yerbajos calcinados, imparte a los hombres su dureza y les hace bravos y rebeldes.

Almorzó con nosotros —"nosotros" éramos los señores Mena, sus hijos mayores, una hermana suya y otra señorita que se hospedaba allí— el capitán Ludovino Fernández, a quien sentaron a mi derecha. Fue un almuerzo familiar, el primero de esa índole que disfruté en la República Dominicana, y por primera vez la conversación giraba sobre temas hogareños, especialmente sobre el baile que las traía embulladas a las chicas.

—Yo quisiera el placer de bailar con usted esta noche. . .—me dijo cortésmente el capitán Fernández.

—No hay inconveniente. . .—le contesté.

—Sí, lo hay.

—¿Cuál?

—Que tendrá usted que pedirlo al General. . .

—¡Vamos! Aquello sí que me parecía intrigante. . . Pedir yo permiso para que él bailase conmigo. . . Por la novedad del caso, estuve pendiente de la ocasión, el momento oportuno para pedirle permiso al General. . . y de paso indagar por qué tenía que ser así, hasta que al fin llegó. . . un poco traída por los cabellos.

. . . . . .

Acompañada por Marucha (la señora de Mena, muy amable y simpática) asistía al animadísimo baile con que Montecristi agasajaba al señor Presidente.

A eso de las diez llegó Trujillo. Vestía de paisano y lucía el distintivo de la Legión Francesa.

Casi borrados por el transcurso de los años, los detalles de aquella reunión fastuosa y elegante, se escapan a mi memoria. Era una noche galante, de madrigal y música; un baile reposado, de caballeros gentiles y damas bellas; de frases suaves y de perfumes enervantes. Y yo estaba viviendo demasiado intensamente mi minuto para que lo que me rodeaba no palideciera para mí. Somos demasiado egoístas cuando nos sentimos contentos; tenemos el convencimiento de que el universo gira por nosotros. . .

Recuerdo que Trujillo vino a saludarme, y que de pie ante mi

se inclinaba para hablarme. Bajo el dintel de una puerta cercana estaba parado Ludovino Fernández, observándonos. Confieso que llegó a molestarme la insistencia, su modo de vigilar al Presidente cuando éste estaba conmigo.

—La otra noche, en la boda, me dijo usted, señor, que quería ser algo así como un San Rafael para mí en esta tierra, y que estaba dispuesto a concederme unos cuantos milagros. . .

—Así es. . .—Contestó el General.

—De momento decliné la oferta, porque no pensé que iba a necesitarle tan pronto. . . Pero ya tengo algo que pedirle.

—Muy bien. . . ¡Muy bien! A ver ¿qué es?—Preguntó muy intrigado, mientras yo buscaba descaro suficiente para decirle:

—Ya iré pidiendo poco a poco. . . y no tema. . . No pediré más milagros que los que pueda hacerme. . .

—Pídame lo que quiera: ¡Soy todopoderoso aquí!—Agregó en tono jovial, bromeando.

Reímos del énfasis que dio a la aseveración. Luego añadió de sopetón:

—Quiero permiso para que el capitán Fernández baile conmigo.

Buscó al capitán Fernández con la mirada, le llamó:

—Capitán Fernández: Tiene usted permiso para bailar con la señorita Lomar.—Me saludó con una inclinación de cabeza y me dejó con Ludovino.

Mientras bailábamos, yo pensaba si había yo faltado, en la inconveniencia de mi petición. Mi pareja me dijo por lo bajo:

—¿Se fijó usted en el modo de concederme el permiso el General?

—Sí; era una orden.

—Es muy agudo. . . Seguramente cree que nos pusimos de acuerdo.

—¡Toma! ¡Claro está! El no va a pensar que yo pida permiso para bailar con usted si antes usted no me ha pedido bailar conmigo.

—Pero. . . ¿recuerda usted sus palabras?

—Sí. "Permiso para bailar con la señorita Lomar". No con otra.

—Frente a sus oficiales no puede dejar de ser el Jefe, como es natural. . . Preo. . .

—Ya entiendo: Hay otra persona con quien usted desea bailar, y esa no es "la señorita Lomar". . . ¡Vamos! Si le ha dado permiso, es permiso para bailar. . .

Cuando terminó el vals, el capitán Fernández me devolvió al General, que estaba en la terraza, sentado entre bellas damas. Se levantó a recibirme y entramos de nuevo al salón, dejándolo en seguida por un saloncito, a donde nos siguió la mirada cancerbera de.

Ludovino. Volvió a mí la idea de que el General era prisionero de sus subordinados, que le impedían divertirse; más aún, que le creían algo así como un objeto de valor que yo pretendía robarme. . . Sentí deseos de hacer una mueca de disgusto, una de esas feas muecas que hacen los chicos para demostrar su desagrado. Pero estaba Ludovino tan metido en sí mismo, tan serio, que no me atreví.

Del brazo de Trujillo yo, charlábamos. Y el preguntó:

—¿Qué prefiere usted bailar?

—Todo me gusta.

—Bailaremos, pues. . .

—Lo que usted guste. . .

—En ese caso. . . Haremos tocar "La Borinqueña".

No se sabe lo que dice al alma la música que nos arrulló la infancia hasta que no la oímos ausentes de la patria. Si Trujillo quiso hundirme hasta su cruz el puñal de la exquisita amabilidad con que me hería, lo consiguió. Un alma noble no puede ir más allá en una persecución inmotivada, como era la mía contra él, si se la desarma con tanta bondad, con tanta pleitesía. Cuando me di a su brazo para el baile, me sentí humillada y hubiera querido desaparecer. Los lánguidos y melodiosos lamentos de nuestra danza (que no habían contrahecho el himno marcial) lloraban mansamente la rebeldía de nuestro ser de pueblo sin redención, y se hicieron dolor y gozo en mí, y lágrimas que pude disimular cayeron de mis ojos sobre el traje de mi compañero. Recitábame él, al oído, versos de nuestro De Diego. . . El "Madrigal", de Urbina. . . y me hablaba de sus poetas favoritos. . . Yo pensaba si era aquél el mismo hombre que me habían descrito —burdo, desagradable, desatento—, porque no era posible que todo aquello fuera un "puesto en escena" para embaucarme ni que él hubiera tenido tiempo y se hubiera tomado el trabajo de aprender de memoria aquellos hermosos poemas, para aparecer ante mí como no era. . . Además, mi engreimiento nunca hubiera llegado al punto de suponerlo siquiera. Bailamos unas cuantas piezas más (entre ellas un "merengue", muy lento y sereno, que en nada se parecía a los que se han bailado luego). Y regresamos a la terraza para tomar un "cocktail".

Como me quemaba el deseo de saber por qué necesitaba permiso el capitán Fernández, para bailar conmigo, se lo pregunté al General, y el me complació:

—Prohibo a los oficiales que bailen, porque no quiero que la sociedad crea que trato de imponer a ninguno.

Cuando Ludovino volvió a buscarme, le dije:

—Ya veo que se está aprovechando del permiso. . .

—Me ampara una buena madrina. . . Pero, ojalá que luego el General no me diga nada. . . —Me confesó que andaba enamorado y que el objeto de su amor estaba en el baile.

A la medianoche cesó el baile, y el General me invitó a pasar a otra casa, al frente, donde se nos serviría la cena. Eramos unos veinte los comensales, entre ellos Noel, Cabral, Benzo y Balaguer. Sirvieron los guisos que había ordenado el Presidente en la mañana, brindose por la salud del Jefe de Estado y por la de toda su familia. Charlaba todo el mundo. Noel recitó, y me obligaron a hacerlo. . .

De pronto, sin más ni más y sin ser anunciado ni pedir permiso, se presentó en la sala un hombre venido de no se dónde, mal vestido (me pareció extranjero), quien endilgó un discurso al señor Presidente, con grandes manifestaciones de afecto y adhesión a su persona Trujillo ordenó que se le atendiera.

Bailamos hasta la madrugada y nos separamos "hasta luego".

16 DE DICIEMBRE DE 1931

Saldremos mañana temprano. —Me había dicho el Presidente, en voz muy baja, al separarnos la noche anterior después del baile. Y al llegar a casa, en vez de echarme a dormir, me puse a arreglar mis maletas, y, aunque no dormí, mi equipaje y yo estábamos dispuestos a reanudar la marcha.

Cabral no iría con nosotros —se había adelantado para disponer un alto en el camino y ver qué cuando pasara el ejército estuviera todo dispuesto para el almuerzo del General.

Al despedirme yo, la señora de Mena me encomendó entregarle al Presidente dos telegramas que acababan de llegar para él.

Vino por mí el auto, y nos fuimos a recoger a Noel que estaba

de visita. . . (Aunque muy mal marinero, Noel tenía "una novia en cada puerto. . .") Saliendo de la ciudad encontramos dos militares rezagados que estaban a pie, y les invitamos a seguir con nosotros, por lo que resultó muy animado el viaje hasta cierto paraje donde debían incorporarse a su pelotón.

Camino de nuevo hacia Santiago, hallamos al Presidente en Villa González, y quise entregarle personalmente los telegramas. Vino hasta mí bajo el sol tórrido del mediodía, destocado, vistiendo uniforme azul, para agradecerme el insignificante favor.

—Nos veremos a la tarde, en Santiago.—Díjome de despedida.

Partimos de nuevo.

Un poco más adelante, Cabral nos salió al encuentro, instándonos a esperar la hora del almuerzo, que era ya madura, para almorzar allí con el General; pero yo no quise aceptar, recordando que él me había dicho "Nos veremos en Santiago". Continuamos el viaje, llegando por la tarde, y yo otra vez al cuarto 22, al Hotel Mercedes.

17 DE DICIEMBRE DE 1931

SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

Parmanecimos en Santiago la noche del 16, el 17 y la mañana del 18. Casi toda la comitiva del Presidente estaba en el Mercedes. No recuerdo dónde se alojó él.

Muy poco pude descansar la primera tarde, porque mi ropa estaba hecha una miseria y necesitaba atención inmediata, y en eso se me fueron las horas.

Vino a saludarme el escritor Germán Soriano, quien venía a peguntarme mis impresiones sobre lo que había visto. Le prometí unas cuartillas —para que no se repitiera lo de "La Opinión"; se las

envié y no sé qué hizo con ellas, porque a la verdad eran ideas sin ilación. . . ¡Estaba yo tan rendida de cansancio!

A pesar del cansancio, aquella noche del 16 paseamos por la ciudad y visitamos a Ercilia Pepín —educadora distinguida y escritora de talla—, amiga querida de Noel, quien tenía a su cargo la Escuela Méjico para niñas. (Esta señorita falleció hace unos cuantos años.) Ella nos invitó a visitar su escuela, lo que hicimos a la mañana siguiente; allí escuché nuestra "La Borinqueña" cantada por sus niñas, mucho mejor que jamás la he oído en Puerto Rico.

En "La Herradura"

Habíamos regresado al hotel para almorzar. Me sentía como debería sentirse un autómata, si fuera capaz de ello. . . Era yo un espíritu que arrastraba a un cuerpo tan cansado, hasta el extremo de odiarse. No pude evitar dormirme dentro del baño.

Me despertó alguien llamando a mi puerta.

En un santiamén me arreglé un poco antes de entreabrir la puerta. ¡Era el señor Prieto que cumplía su promesa de a bordo!

—Es un gran placer volver a verla. . .—Y me contó un incidente chistoso:

Se hospedaba allí, en el hotel, una mujer sospechosa que se decía clarividente, pero a quien creían espía internacional. Cuchicheaban que era chilena y quería pasar por hindú. El caso fue que, al saber él que había llegado la mencionada, y que estaba incomunicada —en lo que ponían en claro su identidad— corrió Prieto al hotel, para enterarse de sus señas personales, temiendo que fuera yo (por la conversación de abordo sobre la Mata Hari)). No pude dejar de reir, agradeciéndole desde luego su interés por mi persona.

Cuando Prieto se marchó, bajé al comedor donde ya me esperaba Noel. Estábamos a punto del primer bocado cuando se presentó Benzo y nos dijo sin más ni más:

—No coman.

Me espanté. ¿Qué sucedía? ¿Habría ocurrido algún envenenamiento? ¿Había estallado una revolución que nos obligaba a huir inmediatamente? ¿Qué?

—No coman. —Repitió Benzo más apaciblemente. —El Presidente me envía a invitarla para un almuerzo que le ofrece José Estrella, en su finca "La Herradura".

Me volvió el alma al cuerpo. Dejé caer sobre el plato el tenedor con mi incitante bocado, y seguimos al doctor, como mansos corderos. Noel me dijo por lo bajo:

—He recibido aviso de que esta noche debo hablar en un mitin que ha de celebrarse, y ahora, en vez de dejarme unas horas para meditar mi discurso, tendremos que pasar la tarde en fiesta de campo... De seguro que Balaguer ni Soriano ni ninguno de los que han de hablar estarán en el almuerzo. . .

Llegamos a "La Herradura" antes que el General Trujillo. Me presentaron a la esposa e hijos del señor Estrella y a un grupo de invitados.

La casa donde estábamos era grande, con cobertizo a la izquierda, una salita inmediata a éste, y un gran salón donde habían dispuesto dos mesas largas. En la salita vi un retrato de Rafael Estrella Ureña (sobrino de don José Estrella, el anfitrión), y otra fotografía en la cual estaban el Presidente Trujillo, flanqueado por el presidente del Senado (Cabral) y el Vicepresidente electo con él (Estrella Ureña) en el momento de prestar su juramento para el cargo que ocupaba.

Tan pronto llegó el General Trujillo nos sentamos a la mesa, ocupando él un extremo y yo el otro, de la que habían asignado, cerca de puertas y ventanas. A mi derecha estaba Cabral, a mi izquierda Noel; no recuerdo cómo se acomodaron los demás. A la otra mesa estaban los oficiales y los amigos personales de Estrella; pero éste permanecía de pie, atendiendo a que nada faltase a sus invitados, con esa gentilísima hospitalidad tan propia de su tierra.

Desde su sitial, me embromaba el Presidente, al verme tratar en vano de cortar la carne del pollo que tenía en mi plato, con un cuchillo sin punta ni filo:

—Con las manos, doña Martha. . . Así, con las manos. . . —Y se ocupaba de que me hicieran el plato con lo mejor:

—Denle a probar esto, que está exquisito. . . Sírvanle de esta ensalada. . . Este pavo está riquísimo, pruébelo doña Martha. . .

Todos comían con apetito campestre, pero yo, que ni en el campo como mucho, pasaba apuros para probar de todo lo que él me enviaba.

Fue verdaderamente alegre y en confianza el almuerzo suculento y abundante. Se habló de lo lindo y no faltaron los comentarios ni me ahorraron preguntas sobre la situación política de Puerto Rico. Y, desde su extremo de la mesa al extremo mío, voló una promesa:

—Yo le prometo doña Martha. . .—dijo Trujillo.

—Pero hay promesas que ni San Rafael puede cumplir. . .

Terminado el banquete, me acompañó el Presidente hasta el rincón de la sala donde había un lavamanos, y como yo me requedara me tuvo la toalla y me ordenó:

—Usted primero.

—Señor. . .

—¿No dice usted que mis súplicas parecen órdenes? No me gusta replicar. . .

Me lavé las manos. . . Me pasó la toalla. . . Sonreímos. . . Cambiaron el agua. . . Se lavó él a su vez. No aceptó echar una siesta en una casita cercana. Estuvimos conversando sobre cosas del campo. . . Admiramos unos lindos patos y preguntando él por un hermoso alazán que le había regalado el señor Estrella.

El administrador del hotel Mercedes fue a pedirle su aprobación para una comida que quería ofrecerle aquella noche.

Cuando regresábamos, me dijo Noel resentido:

—¿Viste cómo los demás no estaban? —Y me mostró una circular que le habían enviado, en la cual se les recomendaba a los oradores de la noche —que lo fueron Hernández Franco, Germán Soriano, Noel Henríquez y Balaguer— "ceñirse al tema especial que se les había señalado y no usar términos hirientes ni alusiones personales contra ninguno de los enemigos del Gobierno que se hallan fuera del país".

El mitin

A las siete ya habíamos cenado y partimos hacia el Club Santiago, cuyo balcón sirvió de tribuna a los oradores; reunidos en la calle (creo que había una plaza frente al hotel) había una muchedumbre relativamente silenciosa.

Ocupé una mecedora junto a la que ocupaba el Presidente, de las que habían situado en el amplio balcón.

Un borracho trató de dar "¡Vivas!" al Presidente, y un policía se lo llevó a cuestas. (No es figura, sino verdad).

Se efectuó y pasó el mitin, como otro cualquiera. Los discursos fueron elogios de la obra del Gobierno y pidieron la cooperación del pueblo para mayores logros.

Los oradores y el General entraron a la sala, donde fueron acomodándose los personajes principales de la ciudad. Yo me requedé en el balcón, y al verme sola, Hernández Franco vino para hacerme compañía.

—Vea usted, Martha: Esos hombres (se refería a los que llenaban la sala) están decapitados. El único que tiene cabeza ahí es el Presidente. A los demás no se les ha ocurrido jamás tener un pensamiento.

Sonreía a nuestro lado el Jefe de Policía, que se había acercado a escucharle. Franco continuó:

—Si yo tuviera que hacer un diccionario enciclopédico ilustrado, junto a la palabra "cretino" pondría el retrato de aquel señor. . .

—¡Se le ocurren a este Hernández Franco las cosas más locas! —dijo el de la Policía.

Más tarde, en el baile, Hernández Franco me recitó los versos de un poema suyo al "chewing gum", y me rogó le recitara algunos míos. Tanto insistió, que le complací.

—Muy bien. —Me dijo dijo como cumplido. —Ahora sé que se puede hablar con usted. Créame: Tengo hambre de hablar con alguien. Aquí se está como en un desierto, y yo me paso la vida en el campo, con mis reses. . . que no sé si tengo chivos o vacas. . .

(¡Cuántas veces no se ha sentido quien es poeta en idénticas soledades!)

En eso estábamos cuando Noel vino a buscarme.

Un susto mío

En todo el tiempo transcurrido desde mi arribo a Santo Domingo no se me había ocurrido pensar que pudiera suceder algo desagradable durante mi permanencia junto al Gral. Trujillo, hasta la noche del 17. Había sido todo tan normal, parecían todos tan complacidos, tan regocijados por la visita del General, que ni la más leve inquietud perturbaba aquella noche mi tranquilidad.

En la primera sala, se bailaba. En la segunda, estaban servidas varias mesas, con frutas y licores, siendo la del centro la que ocupaba el Presidente cuando entramos Noel y yo.

A la mesa del Presidente siempre, en todas partes, vi sentadas las jóvenes más bellas y las más distinguidas damas; en Santiago estuvieron unas de refinada cultura, muy simpáticas, con quienes disfruté encantadora charla. El las llamaba "mis noviecitas" y las trataba con afectuosa gentileza.

Terminada la cena, nos sentamos cerca de la pared que daba a una galería, entre dos puertas por donde entrba un airecito suave y perfumado. Estaban conmigo, en sillas contra la pared, dos señoritas; frente a nosotras, de espalda a la concurrencia, sentado el General en una sillita plegadiza; Noel de pie junto a él; Ludovino Fernández, bajo el dintel de la puerta a mi derecha—pendiente de su Jefe. Tomábamos champán.

Súbito, se apagó la luz.

Nunca mi imaginación ha volado con mayor rapidez que en aquel momento. La oscuridad fue breve, brevísima, unos segundos, pero mi mente tuvo tiempo para imaginar: Era Santiago donde Tru-

jillo tenía enemigos; la luz había sido apagada con intención; herido por la espalda, el Presidente caería necesariamente en mi falda. . .

Lancé un grito.

Volvió la luz. Noel estaba en la puerta a la izquierda; el capitán Fernández estaba parado detrás del General; el General estaba tranquilamente sentado en su silla con la copa cuyo contenido no se movía, en la mano izquierda, la otra mano puesta a la cintura, tal como estaba al hacerse la oscuridad.

Miró Trujillo en derredor, con cierta extrañeza indiferente. Mi corazón tamborileaba en mi pecho. Todos se miraban inquisidores. . . Volví a pensar en las informaciones que se me habían servido con respecto a la cobardía del militar frente a mí. . . ¡Cuán equivocada! Su valor era a toda prueba; me habían hecho un retrato ínfimo de la personalidad de Trujillo.

Sonrió el General, diciéndome:

—¿Le asusta la oscuridad?

—Me asusta lo inesperado. . .

Minutos después se bailaba de nuevo. Noel y yo comentábamos la lealtad de Ludovino Fernández, quien tuvo el mismo pensamiento que yo, supongo, y saltó a escudar con su cuerpo el de su Jefe.

Si en algo falla este relato, totalmente verídico, es en la brevedad de los detalles que acorto por no extenderlo.

18 - XII - 1931

La Superiora y Comunidad

Colegio "Inmaculada Concepción"

dan al Ilustre 1er. Magistrado de la Nación su más respetuosa bienvenida y hacen fervientes votos por su dicha personal.

La Vega Real, R. D.

Tarjeta entregada al Generalísimo Rafael L. Trujillo, con motivo de su visita al Colegio "Inmaculada Concepción", el 18 de diciembre de 1931.

18, 19 Y 20 DE DICIEMBRE DE 1931

LA VEGA REAL

A las diez de la mañana del día 18, dejamos Santiago, después de avisar por teléfono a la señora de Saviñón que aceptaba su invitación hecha en Puerto Plata, y la visitaría en breve.

Pasamos de largo por Moca, donde estaba ya el Presidente, y nos le adelantamos hasta La Vega, donde doña Titín me aguardaba para brindarme la más encantadora hospitalidad.

Presentóme doña Titín a su esposo, el general Tancredo Saviñón, y a su hermana Beatriz. De aquellos días que pasé con ellos guardo la más grata memoria, por las muchas atenciones que tuvieron para la rauda viajera. . .

Como el General Trujillo se hospedó también en la residencia de los Saviñón, aquello era un jubileo por la gente que venía a saludarle, de todas las esferas sociales.

Mi primera tarde en La Vega la pasé en compañía del poeta Emilio García Godoy —sentados bajo un copudo árbol que había en el patio, recitando versos, aunque una llovizna tenue nos mantenía alerta y mudando los asientos. Allá nos enviaba doña Titín flores, frutas, refrescos, confituras. (En la República Dominicana los poetas son poco menos que semidioses, porque allí vive aún el concepto helénico de los valores intelectuales). Y cuando nos despedimos al atardecer, nos prometimos bailar unas piezas esa noche.

La casa seguía llena de gente; se colmaba de flores que le enviaban al Presidente. De uno de los ramos arranqué la tarjeta, que aún conservo, en la que se lee:

"La Superiora y la Comunidad

"La Superiora y la Comunidad
Colegio "Inmaculada Concepción"
dan al ilustre 1er. Magistrado de la
Nación la más respetuosa bienvenida
y hacen fervientes votos por su dicha
personal. La Vega Real, R. D.

. . . . . .

Después de la cena y de descansar un rato, me vestí para el baile. A lo que parece, mi traje de crespón rosa me iba muy bien, porque recibí muchos cumplidos y recogí muchas "flores".

Vino el Presidente del Casino a buscar al General Trujillo, para acompañarle hasta su centro social, mas él trabajaba con el capitán Figueroa, muy atareado, y ordenó que no se le esperara para comenzar el baile, pues no iría hasta más tarde, cuando terminara los asuntos que despachaba. Fui yo la escoltada hasta el Casino, donde me acomodaron, en un unión de otras señoritas, en la mesa destinada al Presidente Trujillo.

El Himno Nacional avisó, a eso de la medianoche, que el Presidente de la República Dominicana hacía su entrada al Casino. Tan pronto estuvo a nuestro lado, comenzó el largo desfile de los que venían a saludarle. Se hizo numerosa la concurrencia en torno a la mesa presidencial —cada caballero con su dama, la señorita García Godoy con el Presidente. Las copas se vaciaban para llenarlas inmediatamente, y extremando su cortesanía, el General Trujillo me hizo el honor de brindar por mí:

—Brindo por la dama que tuvo la grandeza de fustigarme. . . —y vació la copa—. Luego, bromeando, añadió: —Ese escudo que

usted se propone regalarme, que tiene hienas y cadáveres. . . , haga el favor de que sean cadáveres de mujeres hermosas. . .

¡Luego no sólo sabía de mis ataques. . . Los había leído; recordaba las frases más crueles. . . y todavía le sobraba bizarría para tomarlo a broma! Pero. . . ¿Qué hombre era ese tan generoso y fuerte, tan recio y galante? Si él observaba mis reacciones, tenía necesariamente que comprender mi asombro. . . o ¿era que jugaba conmigo como el gato con un ratón?

Más tarde, mientras bailábamos, le dije:

—Tengo otra petición que hacerle. . .

—¿Cuál?

—Permiso para marcharme mañana.

—De eso hablaremos otro día.

Después del baile, porque "apagamos las luces", regresamos a la morada de los Saviñón, a eso de las tres de la madrugada. Nos reunimos en la sala de música, aguardando la cena, el Presidente, Saviñón, Noel y yo. Doña Titín y Beatriz llevaban luto, y como no fueron al baile, dormían ya.

Charlábamos.

—Y ahora —dijo Saviñón— que usted conoce a nuestro joven y querido Presidente, estará arrepentida de todo lo que ha escrito. . .

Miré a Trujillo, quien me miró intensamente y contestó por mí:

—Esta señora no se arrepiente de nada.

—Así es. —Afirmé—. A lo que escribí debo el placer de estar aquí y el honor de conocerle. . . No me arrepiento.

Hubo un breve silencio. Con aparente seriedad me dijo él.

—Conque quiere usted irse. . . ¿Es que no se ha dado cuenta de que está prisionera? Usted no puede irse.

Pero su voz no era convincente.

—Si es así. . . —contesté— no tengo qué añadir. Me someto. Pondré un radiograma a mi familia.

—Pondremos un telegrama mañana. Un telegrama al Ministro de Relaciones Exteriores, para que se arregle su partida, para cuando usted guste. —Se detuvo un instante, y continuó: —¿Y por qué no pasar estas Navidades y esperar el Año Nuevo con nosotros? Yo doy una fiesta en la Mansión, y se divertiría mucho. . .

—Mucho me agradaría, señor —y decía la verdad—, pero prometí a mi familia estar allá el 22, y podrían interpretar mal mi ausencia. . . Comprenda usted. . . Además: Es costumbre en nuestra familia reunirnos y pasar juntos esos días. . . Ya volveré.

Entonces me dijo:

—Estaré en Santo Domingo antes de que usted se marche, y

tendré el gusto de verla allí.

Durante la cena (o desayuno) que sirvieron poco antes de las cuatro de la mañana, ocupábamos así los asientos en torno a la mesa oblonga: Trujillo a la cabecera, yo a su derecha, Saviñón a su izquierda, y Noel a mi lado. En tono jocoso, me decía Saviñón:

—La verdad es que cuando el Presidente necesita algunos muertos, yo me encargo de fabricarle unos cuantos cadáveres. . . de cera. De esos es que usted ha oído hablar.

Y dio la maldita casualidad de que en ese instante entró el alcalde del pueblo, y sin más miramientos, se llegó a la mesa diciendo:

—Cuando usted entraba esta tarde al pueblo, un pariente de él ha gritado: "¡Viva Estrella Ureña!". . .

—¡Eso no tiene importancia!—Intervino Saviñón.

—Vea usted que es un familiar. . .—comentó el Presidente.

—Me entran ganas de darle de patadas, . . y meterlo en la cárcel. . .—Añadió el que informaba.

Y como yo le mirara, se ruborizó como un niño el Presidente, dobló la cabeza y puso el rostro entre sus manos. Sonrió.

No sé para quién fue más embarazoso el momento. Yo sentí una gran pena, una profunda compasión; sentí apretada el alma y comprendí cuánto daño es capaz de hacer el servilismo. Pensé en cuántos atropellos injustificados, que no llevan a ningún fin, deben cometerse estúpidamente creyendo adelantar en la empinada cuesta de la política. . .Todos esos atropellos se los cargan al "debe" de los gobernantes.

Saviñón, molesto ya por la insistencia del hombre, repitió:

He dicho que eso no tiene importancia.

Noel se inclinó hacia mí:

—¿Ves, Martha? Esas son las cosas que le atribuyen al Presidente.

—Ya veo. . . —repliqué sentenciosa— que mucho más daño hacen los amigos oficiosos que los enemigos con talento.

Levantó la cabeza el Presidente y suplicó:

—Deje ese hombre en paz; es natural que esté por su pariente.

Pasado el momento desagradable y terminada la cena, dije a Noel que yo deseaba partir para la capital al día siguiente temprano, en seguida que el Presidente saliera de La Vega. Y me retiré a mi habitación con el acostumbrado "buenas noches", aunque ya la noche se escapaba.

Oí todavía a Saviñón proponiendo al Presidente que asistiera a la Misa de Aguinaldo, para la cual ya repicaban las campanas, a lo que se negó él "por sentirse cansado". Me dije. "¡Vamos! Al fin se

cansó nuestro hombre. . ." Porque todo el ajetreo de viajes y fiestas no interrumpía la rutina de su trabajo usual, de los asuntos que él tenía que resolver como Jefe Supremo de la Nación. Trabajo, trabajo, trabajo, uniforme kaky, uniforme azul. Trabajo incesante. ¡Ni de asubo que fuera su cuerpo resistente! Y me atrevía a juzgar esa resistencia suya comparándola con la de mi cuerpo endeble. . . Yo estaba físicamente liquidada.

. . . . . .

¿Puede cambiar la Historia?

Ya he dicho que el Presidente se alojaba en la misma morada que yo. Pero lo que yo no sabía era que iba a dormir casi pared por medio con él.

Ocupó Trujillo la habitación principal de la casa, frente a la calle. Daba esa habitación a un pasillo corto, sobre el cual abría la puerta de un cuarto de baño, y sobre ese mismo pasillo, frente a frente a la puerta de su cuarto abría la del mío. Un mismo cuarto de baño para él y para mí.

Mientras me despojaba de mi traje de baile, oí alguien en el baño. Esperé hasta que salió quien era. Entonces, muy sigilosamente, me arriesgué a entreabrir mi puerta, para ir al baño.

Mal que me pese, no pude sino ver lo que tenía ante los ojos: Abierta a todo lo ancho, la puerta del cuarto del frente dejaba ver un amplio lecho en el cual un hombre dormía bocabajo, con los brazos abiertos en cruz. ¡No podía ser otro que el Presidente de la República Dominicana! Su habitación estaba en la penumbra que le brindaba la lámpara en el techo del corredor; afuera, en la calle, un centinela se paseaba acompasadamente; todo lo demás yacía en silencio. Me apreté el corazón y cerré mi puerta: Un horrible pensamiento cruzó por mi mente: ¡Cuán fácil era tomar mi pistola, que estaba en mi maletín, y. . .! Y complacer a los exilados dominicanos. . . y convertirme en una figura histórica. . . Porque al instante yo moriría también. . . Todo eso me lo decía yo pensando lo que dirían sus enemigos al saber esa oportunidad perdida. . . y no porque yo fuera capaz de realizar esa monstruosidad que es tronchar una vida.

Me eché a la cama, presa de una angustia que no puedo describir. Y a poco, rompió el día sin que yo hubiera pegado los ojos. Poco a poco, fue la casa y la calle llenándose de ruidos. Oí alguien en el baño. Luego oí cerrar la puerta del otro cuarto. Esperé. Al fin me arriesgué a entreabrir de nuevo la puerta del mío, y ya segura de estar sola, entré al baño.

A las ocho me desayunaba. Trujillo había salido ya: Su sueño no duró más de un par de horas.

Después de hacer las maletas, me fui al balcón para ver pasar la tropa. Allí estaba Beatriz, esperando el siempre interesante espectáculo marcial.

Vestiditos de kaky, perfectamente equipados con armas modernas, livianas y nuevas, su aspecto saludable, su paso natural, compañía tras compañía, pasaban los soldados, con banderas con música y sonrisas.

General y tropa partieron en el ferrocarril.

Quedamos Noel y yo en La Vega, yo para recibir dos visitas avisadas (el señor Jaime A. Rodríguez Molina y la señorita Melania Thenevín, periodistas), y porque a la verdad, Noel no había aparecido —seguramente dormía—. Cuando apareció al fin mi acompañante, doña Titín sugirió que visitáramos el Santo Cerro aquella tarde, y así lo hicimos.

En el Santo Cerro, de histórica recordación, hay una iglesia y una comunidad de religiosas mercedarias. La fundación data de la época de la Conquista, una de cuyas más sangrientas batallas se libró allí: Juraron los españoles no ceder terreno; arrancaron un gajo de un níspero que había allí, y con él hicieron una simple cruz que plantaron en la cima del cerro, para defenderla hasta morir. A la noche, se les apareció la Virgen sobre el níspero, santificando el lugar. Ganaron la batalla los españoles, y en conmemoración se fabricó la iglesia.

Subimos al campanario, para admirar uno de los más bellos panoramas de la República Dominicana: Vastas vegas cubiertas de nutrida vegetación; pomposos herbazales donde debe dormir la bruma en la noche, para levantarse perezosa a la salida del sol, sirven de alfombra ante aquel santuario donde el alma se expande en busca de Dios, y se le halla, en la caricia purísima de la brisa y en el ausurro casto de las ramas verdes que ella agita.

Del Santo Cerro me traje una diminuta cruz hecha de la madera del Sagrado Níspero, obsequio de una joven mercedaria.

. . . . . .

REGRESO

Cuando regresé a Santo Domingo, cansada, venía además enferma, con laringitis producto del aire polvoroso de los caminos y de los cambios de temperatura a que me sometieron los llanos y las alturas del Cibao. Llegamos en la mañana del 18 de diciembre, otra vez al Hotel Fausto.

Díjome Noel "hasta mañana", y no le volví a ver hasta el domingo a las nueve de la noche. Así, estuve sola y enferma los últimos días que pasé en la ciudad, encerrada en mi cuarto, descansando.

Volvió Noel, todo desbordado de excusas: Su novia le había llevado a San Cristóbal, a una fiesta que daba su familia. Aseguró haber encomendado a unos sobrinos el atenderme; al sobrino se le enfermó la esposa, y encomendó a otra persona que tampoco vino. . . En fin, tuve que terminar perdonándole tanta descortesía, porque la juzgué justificada. Para desagraviarme, se ofreció a llevarme a ,donde quisiera: Bajamos al Parque Colón para disfrutar de la retreta.

UN PASEO A LA LUZ DE LA LUNA

Cuando terminó el concierto, desbandose la gente, y porque la noche era hermosa, dije a Noel:

—Ahora vamos a dar un paseo a pie por la ciudad.

Salimos del parque por la acera junto a la serena mole de la Catedral. Pensaba yo, al mirarla tan severa y augusta, en las pasadas glorias de la Ciudad Primada de América. Los altos muros desafiadores del tiempo, sus troneras como de fortaleza, obligan a la evocación y al silencio. Mientras cruzábamos bajo el ancho arco a la entrada de una callecita que abre en la del Arzobispo Meriño, sentí como si me arrastraran de la mano hacia muy atrás en el tiempo: Vi caballeros de capa y espada y austeras damas de ceñido corpiño transitando pausada y levemente por la sombría y húmeda calleja, sobre la cual se asientan hoscos paredones de antiguas moradas, con ventanas enrejadas.

—¡Si yo tuviera dinero!

—¿Y por qué dices eso?

—Porque si tuviera con qué me compraba esa casona. . .

—¿Esa?

—Sí, esa a la derecha. . . Me gustaría vivir ahí.

—Pues. . . si vinieses un día a vivir aquí. . . la tendrías seguramente.

—¡Si viniese un día. . .! —Suspiré—. ¿Y crees que los felices moradores de ella me la iban a ceder?

—¡Tal vez! Quizás la cambiarían por otra más cómoda y moderna, porque de seguro que no son fantaseadores como tú.

Suspiré dos o tres veces más, comprendiendo que nunca jamás habitaría yo el vetusto edificio, y dejé caer el sueño recién nacido, con la misma sensación de fatalidad conque me he deshecho de otros. . .

—Sigamos por acá...

A dos pasos nos encontramos con un militar, y mi acompañante me le presentó:

—El mayor García... cuñado del Presidente.

Le pregunté si tenía noticias del General Trujillo, y me contestó que acababa de recibir un radiograma, y que a las once estaban

—Entonces... estará mañana aquí.

ya muy cerca del puerto.

—Eso creo.—Me respondió, invitándome además a visitar la Fortaleza del Ozama, donde se alojaba parte del Ejército y Noel agregó:

—Mira, Martha: Este es el encargado de encerrarte... ¿Sabes? Por eso te invita a que vayas. Te llevará a la Torre del Homenaje, donde dicen que estuvo Colón prisionero...

—¡Magnífico! ¿Qué mayor honra para mí? Meditaré sobre la pequeñez humana y la vanidad de todas sus glorias...

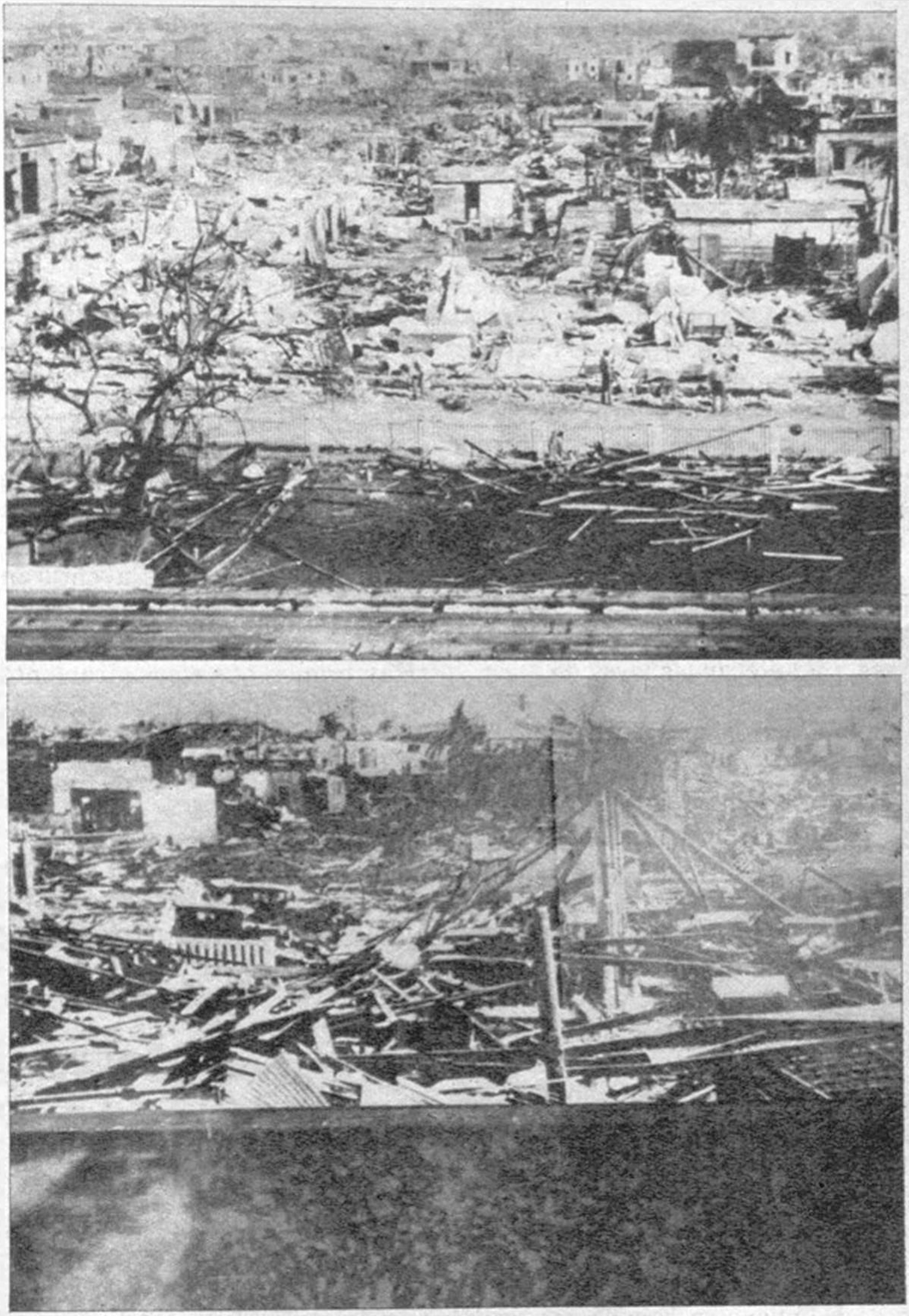
—No deje de ir a ver la Torre...— Dijo despidiéndose el mayor García.

—Mañana temprano... Hasta entonces...

—Buenas noches. ...

Continuamos el paseo. . . Anduvimos. . . Anduvimos por calles nuevas y calles viejas. . . Hasta dar en unas ruinas. . . Las de un convento, a la puerta de cuya iglesia pidió que le enterraran don Alonso de Ojeda, "para que todos le pisaran" y así humillarse hasta purgar sus penas. (Allí están sus restos en una urna a la vista de quien se inclina a mirarla. Actualmente hay una lápida sobre el sitio original de la tumba y en ella la efigie del aguerrido conquistador). Más allá, las ruinas del Palacio de don Diego Colón, Segundo Almirante, y de su consorte María de Toledo, nieta de Isabel la Católica. (Este Palacio ha sido reedificado, levantado piedra a piedra, de acuerdo con los planos originales y sin perder de vista un detalle, tanto en los materiales como en la forma de usarlos, y utilizando hasta donde fue posible todas las piedras que aún quedaban de las primeras. Esta reconstrucción me trajo a la memoria de una carta que, años después de aquella visita mía, me escribió Trujillo, la cual debe aparecer en estas memorias.) Pisa aquí y resbala allá, ya dando saltos, ya agarrándome del brazo de Noel exponiéndome a torcerme un tobillo, trisqué sobre piedras y matojos, a pura medianoche. ¡Dios sabe cuántos nos tomaron por fantasmas! Pero, yo no podía dejar Santo Domingo sin haberla visitado en sus más bellos parajes, y la noche estaba como hecha para semejantes correrías.

Vueltos a la realidad moderna, tomamos por las calles centrales



Efectos del ciclón de San Zenón, en la hoy Ciudad Trujillo, durante el 3 de septiembre de 1930.

donde el comercio había cerrado ya el ojo luminoso de las vitrinas.

Al pasar por el Unión Club, me dijo Noel:

—¿Entramos? Ahí debe estar Enrique. . .

Allí estaba Enrique Henríquez, en compañía de otros poetas y escritores, entre ellos Enrique Aguilar. Apenas nos detuvimos unos minutos.

LA TORRE DEL HOMENAJE

Visitamos la Fortaleza, que estaba en reparación.

Guiados por el mayor García, subimos por la estrecha escalerilla de piedra, cuyos escalones están cóncavos, gastados por el paso humano acompasados por el tiempo. Entramos a la llamada "celda de Colón", ancha, sombría, de techo hemisférico, con una doble reja en la ventana sobre la plaza, raído el piso... Vi el patio donde estaban los penados. Subimos a la estación radioemisora... Ibamos en silencio, en ese silencio que provoca lo imponente, porque era como si retrocediéramos en la Historia... Yo filosofaba:

—¡Humanidad tirana! Metes en cárceles a los que se aventuran a contrariarte desobedeciendo tus deseos... Ellos son unos pocos... Tú eres infinita. Dios no creó otra cárcel que la conciencia; tú te atreves a adulterar las leyes de Dios... ¿Hay crimen que sicológicamente no tenga justificación? Lo que no se justifica es que podamos acallar nuestra conciencia...

Cuando pasamos de nuevo frente a la celda de Colón, Noel me empujó levemente:

Entra, que van a echarte el cerrojo.

Y estaba él tan serio... Y tan impasible García... Pero yo tuve confianza y entré.

—Procuraré recoger los secretos que guardan estas paredes. Deben saber tantas cosas...

—Pues mejor será que bajemos... no vayas a volverte loca —dijo Noel tomándome por un brazo.

Bajamos. Entramos al despacho del Mayor cuando sonó el teléfono. Atendió un oficial y llamó a su jefe:

—Es Saviñón. —Le dijo al entregarle el audífono.

Acercose García al aparato e inició una conversación, de la que recogí estas palabras:

—Sí; mándalo; si llega bien, no tienes que preocuparte; estará seguro. Adiós.

Nos despedimos.

De nuevo en la calle, me aguijoneaba la curiosidad.

—Oye, Noel: ¿A quién se referiría García —al pobre hombre que

gritó "¡Viva Estrella Ureña!" o al alcalde del pueblo, que tan mal momento nos hizo pasar?

—¿Y por qué no a un desertor del Ejército, a un caballo o a una talega de frutas? Esa imaginación tuya no tiene dique...

—Pero es que yo he venido a encontrar unas cosas que no he podido ver...

—¡Caramba! Pues mira, eso sí que es una lástima.

—Está bien. Regresemos al hotel, porque ya es hora de almorzar... y estoy cansada.

—Eres un manojo de nervios... Además, el viaje ha sido demasiado penoso... Esos caminos tan malos...

—¡Ah! Pero vale la pena de ellos el recuerdo que significarán en el futuro... Un día me sentaré a escribir estas memorias... Cuando seamos todos... viejos. ¿Qué cambios se habrán operado entonces? Dentro de quince o veinte años, ¿quién será Presidente de Santo Domingo? ¿Vivirá hasta entonces? ¿Qué habrá sido de ti?

—¡Dios sabe!

(No fueron quince ni veinte... ¡todo un cuarto de siglo habría de transcurrir antes de que yo me decidiera a poner en orden estas cuartillas. Pero entonces no imaginaba que Dios me otorgaría suficientes años de vida activa ni sabía que los años se nos achican según vamos amontonándolos sobre nuestra existencia...)

Casi estábamos tristes cuando nos separamos, prometiendo él volver en seguida que almorzara —iba a hacerlo en su casa.

21 DE DICIEMBRE DE 1931

Por la tarde, recibí la visita de un viejo amigo periodista, el escritor Juan José Llovet, quien había ido a procurarme varias veces durante mi ausencia de la ciudad. Me alegró mucho verle pues habíamos sido ambos colaboradores del antiguo diario El Imparcial, que dirigía en Puerto Rico el hoy extinto don José Pérez Lozada, y él había sido quien en verdad me empujó hacia el periodismo profesional, bautizando mi columna "La Paseante Impertinente".

Volver a ver un amigo, después de nueve años de separación, es conocerle de nuevo, porque ambos hemos cambiado, madurado la mente, el alma y el cuerpo; y, aunque me saludó con el cortés "No has cambiado...", algo interior me decía que sí habíamos cambiado mu-

cho... ¿Dónde estaba la frescura juvenil de la edad cuya cifra no empezaba con un 3...? Y, aunque él dijera que yo parecía aún una Ofelia, con mis largas trenzas rubias sueltas sobre los hombros, yo sabía que la Ofelia en mí no estaba ya visible sino oculta en mi espíritu náufrago como el de ella...

Emocionado, nervioso como siempre, me contó su vida en siete palabras: Se había casado y tenía dos hijas. Sin ahorrar pormenores le dije de la mía. Hablamos de libros, de sueños por realizar (que no logró realizar, porque se lo impidió la muerte)...

—¡Todavía soñamos! ¡Qué fortuna! Los poetas soñamos siempre. A ti te convendría un viaje a España... —me aconsejó.

Le invité a cenar, y durante la comida hablamos de política.

Le pedí su opinión sincera sobre la personalidad de Trujillo, confiando que me diría lo que pensaba, como lo había hecho siempre, pues él sabía que, fuera lo que fuera, yo sería una tumba si él me pedía que no lo repitiera. Me dijo que había leído mis artículos sobre Trujillo —había sido o todavía era periodista activo—; yo le dije que me habían contado atrocidades del Presidente, y que lo que él agregara no podía aumentar mucho la carga de acusaciones contra él.

—Te diré francamente: No pertenezco a su partido, porque pertenecía al otro. Nada he escrito contra él, pero escribí a favor de los otros, que son mis amigos. A mi juicio, él es un hombre de talento, valiente, firme y hábil para el gobierno. Creo que puede hacerlo muy bien, y más si tiene franca cooperación.

Eso, sin quitar ni poner, me dijo el escritor español Juan José Llovet. Como no había motivo para creer otra cosa, pensé que me decía la verdad, una verdad muy de acuerdo con la que yo trataba de estricar de lo que la rodeaba.

Aunque nos despedimos con la promesa de volver a vernos, ya no nos vimos nunca jamás...

Los dominicanos tienen fama de informales, en lo que respecta a las horas. Noel batía el récord. Se me presentó a las nueve de la noche... ¡y sabía que yo debía embarcar al día siguiente! Me saludó con un muy despreocupado "¿Qué tal?", al que yo respondí:

—Encantada con tus atenciones...

—He estado sumamente ocupado...

—Ni lo pongo en duda... Te creo.

—¿Te has aburrido, pues?

—¡No! He estado la mar de entretenida, contando las vigas del techo.

—¿Qué hacemos?

—¡A esta hora! Como no vayamos a ver la ciudad...

El auto estaba a la puerta. Subimos a él y ordenamos ir por el malecón.

—Quiero ir al sitio donde están enterradas las víctimas del ciclón; no debo irme de Santo Domingo sin visitarles... No puedo olvidar lo que me impresionó la noticia del desastre, cuando rogué a Dios clemencia para los heridos y los mutilados, los enfermos que deja al pasar el meteoro —tragedia que yo viví en mi niñez, cuando el terrible huracán de San Ciriaco arrasó mi pueblo natal. No puedo irme sin rendir el tributo de una oración en el dolor de una tierra que me ha dispensado su hospitalidad y su alegría.

En justicia para mi acompañante, tengo que decir que atolondrado lo era, pero con una gran alma emocionable. Al llegar al sitio donde están las cenizas de los que perecieron en el nefasto día, la voz le falló; en silencio fuimos de cruz en cruz, leyendo las inscripciones escasamente visibles a la luz de la luna. Cuando se repuso de la honda emoción, me contó piadosamente el gran drama... mientras mis lujosas zapatillas de raso se ensuciaban humilladas por el barro eterno... y el viento del mar que nos traía el responso de la inmensidad, haciendo flotar los vuelos de mi traje de crespón, parecía recordarme:

—Hermana: La muerte es el principio de la Vida...

En silencio dejamos el cementerio.

¡El silencio! Fuente maravillosa de emoción donde bebe la Poesía...

Y aunque la noche era hermosa, me fui a la cama temprano, para ver si más temprano amanecía el día siguiente...

22 DE DICIEMBRE DE 1931

LA DESPEDIDA

Teníamos que ir al palacio de Gobierno, para ver a Max Henríquez Ureña, con respecto a mi partida.

Al llegar, nos enteramos de que había salido hacia la mansión presidencial, donde ya estaba de regreso el General Trujillo. Hacia allá hicimos rumbo.

Bajamos del automóvil a la puerta de la verja que circundaba la casona, residencia del Presidente. Un soldado nos dio el "alto".

—¿Qué desean?

—Ver al Presidente.

—¿Tienen tarjetas?

—Sí.

—Pasen.

Tales tarjetas las tenía en su imaginación Noel... Pero él era lo suficientemente conocido para no dudar de su palabra... Seguimos adelante. Al trasponer la gran puerta de entrada, nos recibieron con la mayor gentileza, pero el señor Presidente no estaba allí —había ido a saludar a sus padres.

(Dice el refrán que el hombre que es buen hijo es buen esposo y buen padre, y bueno de cualquier modo... Trujillo tendrá todos los defectos del mundo, pero tiene esa virtud y siempre ha honrado con toda deferencia a los autores de sus días).

Nos hicieron sentar en la ancha galería que corría en torno de la mansión, en el piso principal, para esperar al Presidente que ya no tardaría. El General no estaba "visible" aquel día, porque había de descansar, y sólo los criados y algún oficial de la guardia estaban en la casa.

Como a la media hora, apareció Trujillo. Le vi llegar y subir por la escalera del frente. Inmediatamente apareció en la sala y estuvo jovialmente a nuestro lado.

Era tan franco, tan natural, tan espontáneo su trato, que me hacía pensar de él como de un conocido de toda la vida. Ordenó que sirvieran unas copas, y en eso le avisaron que alguien solicitaba verle. Nos dejó aún en la ancha galería.

—¿Qué te parece todo esto? —Indagó Noel.

—¡Ay, mi'jo! No sé qué decirte...

Tan pronto despachó al visitante, que era un norteamericano, creo que agregado al ministerio de Estados Unidos, regresó a donde nosotros aguardábamos, y a poco apareció el criado con la bandeja y las copas. Después de las copas, pedí hablarle a solas, excusándome Noel.

Condújome el General a unas mecedoras, un poco más allá en la galería. Allí cambiamos algunas frases que, sintetizadas, fueron éstas:

—He tenido un verdadero placer en conocerla. Y celebro haberme equivocado en la idea que tenía de usted. La creí una mujer insoportable, por lo adusta, marisabidilla, áspera, alta, trigueña... y gruesa...

—¡Ay, Dios...! —Corté asombrada.

—...y me he encontrado con una mujer distinta: modesta, dulce, mansa, inteligente...

—Gracias, señor... También yo me había equivocado. Y tengo que suplicarle que me perdone las veces que fui injusta con usted; yo no me las perdonaré jamás. Tengo el propósito de escribir un libro que contenga todo lo que he visto en esta tierra, para que todo quede impreso y no se borre jamás, para que no lo cambie la Vida...

—¿No querría quedarse a vivir aquí?

—Mucho me agradaría...

—Cabral me ha dicho que su esposo podría ocuparse en obras que tenemos en proyecto...

—Así es, y le agradezco la intención; pero él tiene contratos qué cumplir y no podrá eliminarlos. De todos modos, le estoy muy agradecida.

—Entonces... volverá de paseo otra vez...

—Seguramente. Me voy llena de alegría y enamorada de la gentileza de los dominicanos, de la dulzura de sus mujeres y, muy en particular, del talento de su Presidente.

—Quiero decirle una cosa: Usted no está en modo alguno obligada a decir de este Gobierno lo que usted no juzgue justo que se diga; no tiene contraída conmigo ni con los míos deuda alguna. Si algo usted dice o escribe, no importa lo que sea, yo siempre estaré compla-

La antigua Mansión Presidencial, en Ciudad Trujillo.

cido de enterarme de ello. Soy un amigo desinteresado, y seré siempre su amigo.

Quiso mostrarme su residencia y me llevó por toda la casa, lindamente amueblada. Todo lo vi, desde el guardarropa donde colgaban sus uniformes numerosos y sus elegantes trajes, hasta el gran salón de recibo. También vi el pequeño ropero donde guardaba sus uniformes de faena y sus armas —lo que más estimaba. Vi su dormitorio, sobrio en adornos, y en él vi dos retratos, uno junto al otro, puestos de modo que pudieran ser vistos desde el lecho: Uno era de Napoleón el Grande y el otro de Bolívar el Libertador... A los pies de la cama, una piel de tigre —regalo de Sandino el Rebelde...

Salimos de nuevo a la galería, para entrar a una salita íntima, donde en vano buscaba algo cuyo paradero le intrigaba... Mientras yo admiraba la hermosa alfombra china, le pregunté en voz muy baja:

—Si su gobierno resulta, como resultará, provechoso para la Nación, y le quieren reelegir... ¿Aceptará usted un nuevo término?

—No. —Me contestó. —La Constitución no permite la reelección. Argüí

—Pero puede ser enmendada...

—No lo será; ni quiero volver por aquí. Esto es muy duro, amiga mía... Estas canas que tengo me han blanqueado en este año de lucha... No. ¡No! Yo no vuelvo... Me vuelvo a mi Ejército...

—Pero, un hombre que tiene una obra por realizar no debe dejarla trunca...

—Ya buscaremos alguien que pueda continuarla...

Pasamos a otra sala donde estaba el objeto buscado. Era una bella lámpara.

—Es un regalo del Presidente de Brasil. Está hecha de madera de roble... Fíjese: El tronco ha sido torneado hasta dejarle la apariencia de cristal opaco. Es una verdadera joya. Cuando se enciende, los nudos, por obra de la naturaleza dispuestos simétricamente, toman un tinte rojizo... el resto tiene color ambarino...

Se lamentó de que se la hubiesen quitado de su dormitorio, donde él la había puesto.

Otra vez volvió mi asombro al hallar que no era aquél el hombre burdo, sin exquisiteces emocionales frente a la belleza del arte.

Volvimos a la galería, pero antes de llegar a donde Noel estaba, me pidió le aceptara algún obsequio para mostrarme su amistad.

—No, mil gracias. —Le contesté—. Eso me rebajaría ante mí misma. Prefiero llevar sólo una crucecita de madera del Níspero Santo que me regaló una hermanita mercedaria. Por otra parte, nada

he hecho para merecerlo. Su amistad me basta. Ahora... a Noel... quien va a casarse pronto...

(Apadrinado por el Presidente, en aquella misma mansión, en enero siguiente, el día de la Altagracia, se celebró su boda con la señorita Gracita Díaz. Conservo la invitación que recibí para asistir al acto. Poco después fue nombrado Cónsul en Bruselas).

Y con un apretón de manos, muy firme, sellamos el propósito de ser amigos. Mientras, encomendaba a Noel llevarme a que conociera su familia, residentes muy cerca de allí. Hacia allá nos dirigimos y tuve el placer de saludar a su mamá y a su hermana Nieves. Había tenido ya la oportunidad de conocer a su padre, don Pepito, como le llamaban afectuosamente los dominicanos.

Nadie extrañará que Noel lo dejase todo para última hora. Y para ganar tiempo, almorzó conmigo. Habíamos de pagar los servicios de auto y chofer durante veinte días, y claro está que no me opuse a que se me retribuyera ese gasto y los expendios en que habíamos incurrido durante el viaje, de lo cual él se encargó inmediatamente. Pero, a la hora de tomar el barco, no había pasaje separado ni permiso para salir del país. Entonces fue el llamar por teléfono, el correr de un lado para otro y el embarcarme y pagar el pasaje a bordo. Noel

Noel Henríquez
y
Gracita Díaz

Invitación para el matrimonio del licenciado Noel Henríquez, amigo y guía de la autora, durante su visita a la República Dominicana.

me proponía que me quedase hasta el día siguiente y fuera hasta Macorís a tomar un avión; pero yo me negué rotundamente, y me metí en la lancha a pesar de sus protestas. Al fin se allanaron las dificultades, y a la caída de la tarde del 22 de diciembre de 1931, dejábamos atrás las adustas costas de la República Dominicana.

Yo regresaba a mi patria, cansada, enferma, con laringitis que me tenía casi afónica, pero satisfecha de haber visto con mis propios ojos y palpado la realidad...

Allá se quedaba el General, ante quien nunca me sentí cohibida ni desconfiada, porque su mirada tuvo siempre una luz bondadosa al posarse en mí, su sonrisa estuvo siempre a flor de labio cuando hablábamos, su galantería siempre presente. Allá se quedaba el hombre fuerte, como una interrogación abierta hacia el porvenir...

EPILOGO

Se preguntará el lector: ¿Y qué pasó después? ¿Por qué dejó transcurrir tantos años antes de echar al mundo este libro?

Pasado el primer momento —que por razones de mi enfermedad duró casi un mes...—, acosada por la incertidumbre, pues era tan diferente lo que yo había visto de lo que me habían contado, temía caer en la aseveración de lo que ahora me parecía la realidad, y que ésta fuera producto de mi euforia al ver que no era el panorama lo espantoso que me habían pintado ni como lo reflejó mi fantasía. Exagerar la verdad la desvirtúa y crea efectos contraproducentes. Me propuse observar desde lejos, inactiva.

No obstante, uno o dos años después, estando en New York, volví a encontrarme entre los opositores de Trujilo, y asistí a una reu-

nión de exilados conspiradores. Les observé; busqué entre ellos el que pudiera hacerse cargo del Gobierno cuando cesara Trujillo... Confieso que no le vi en el grupo. Entonces, escribí a mi amigo el General, diciéndole lo que creía —carta que se publicó en los diarios de Santo Domingo—, lo que a mi juicio convendría mejor a su Nación... "que él continuara en el poder...", porque vi una serie de futuras revoluciones, cuando cada cual de aquellos políticos deseara el poder a la vez que otro se lo disputara... (Tuve la satisfacción de oír de boca de uno de ellos estas palabras: "¡Qué visión la suya! Poco a poco van doblándose...") No es que fueran personas malas, es que eran de carácter débil, y los débiles jamás han sido buenos gobernantes.

Por algunos años sostuve correspondencia, no con el Presidente de la República Dominicana —¡eso hubiera sido impertinencia!— con mi amigo Rafael Leónidas Trujillo. Siempre tuvieron nuestras cartas esa cordialidad de los sinceros que son fuertes y generosos. Siempre le dije lo que pensaba y como lo pensaba. Siempre —pocas veces— que le envié una encomienda en favor de alguien, me atendió, sin esperar nada en recompensa.

De entre las cartas que de él conservo, he tomado una que deseo dejarles leer. El motivo fue el cambio de nombre a la Ciudad Primada de América, cuando dejó de ser Santo Domingo de Guzmán para llamarse Ciudad Trujillo. Aquello me pareció una cosa insólita, y le escribí diciéndoselo, "que ¿cómo había él permitido semejante cosa?" Así me contestó:

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
1 de abril de 1936.

" "Dulce poetisa:
" Me es singularmente grato avisarle recibo de su amable carta "de fecha 28 del mes de marzo último, y me apresuro ante todo a ex- "presarle la satisfacción con que veo que su enemistad hacia mí con- "serva el tono de cordialidad y el espíritu de justiciera comprensión "que desearía hallar en cuantos no comulgan con mi obra y con mis "ideas de gobernante.
" Tengo, como Ud., sin ser poeta ni rendir culto a la palabra ri- "mada, la pasión de las tradiciones y el fervor de todo lo que conserva "viva la huella del pasado. De ahí que cuando en el Congreso Nacio- "nal se pidió que se designara con mi nombre la Capital de la Repú-

"blica, como testimonio de gratitud pública por el empeño con que
"vivo dedicado al bien de mi país, y no obstante las pruebas de ad-
"hesión a aquel propósito que recibí en tal ocasión de la universali-
"dad de mis conciudadanos, me adelanté a declinar, en carta dirigida
"al Presidente del Senado en fecha 19 de julio de 1935, el honor con
"que se quiso distinguirme, porque estimé y aún sigo estimando que
"cada nación debe mantener intactas las tradiciones con que aparece
"consagrada en la historia.

" Pero, al amparo de unas vacaciones que por motivos de salud
"me vi obligado a tomar desde el primero de noviembre de 1935 has-
"ta el 10 de febrero de 1936, el movimiento a favor de la iniciativa
"del Presidente del Senado, se reprodujo con más fuerza y el Vice-
"Presidente de la República en Ejercicio del Poder Ejecutivo, Dr.
"Jacinto B. Peynado, promulgó la ley que da mi nombre a la Capital
"de la República en fecha 11 de enero de 1936.

" Compláceme acompañarle copias de mi carta del 19 de julio de
"1935, dirigida al Presidente del Senado, y de la ley promulgada du-
"rante mi ausencia del Poder Ejecutivo.

" La saluda con la más distinguida consideración y la más franca
"simpatía,

Rafael L. Trujillo. (Firmada)"

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DOMINICANA

Ciudad Trujillo,
Distrito de Santo Domingo,
1 de abril de 1936.

Señorita
Martha Lomar,
Apartado 1154,
San Juan, P. R.

Dulce poetisa:-

Me es singularmente grato avisarle recibo de su amable carta de fecha 28 del mes de marzo último, y me apresuro ante todo a expresarle la satisfacción con que veo que su enemistad hacia mi conserva el tono de cordialidad y el espíritu de justiciera comprensión que desearía hallar en cuantos no comulgan con mi obra y con mis ideas de gobernante.

Tengo, como Ud., sin ser poeta ni rendir culto a la palabra rimada, la pasión de las tradiciones y el fervor de todo lo que conserva viva la huella del pasado. De ahí que cuando en el Congreso Nacional se pidió que se designara con mi nombre la Capital de la República, como testimonio de gratitud pública por el empeño con que vivo dedicado al bien de mi país, y no obstante las pruebas de adhesión a aquel propósito que recibí en tal ocasión de la universalidad de mis conciudadanos, me adelanté a declinar, en carta dirigida al Presidente del Senado en fecha 19 de julio de 1935, el honor con que se quiso distinguirme, porque estimé y sigo aun estimando que cada nación debe mantener intactas las tradiciones con que aparece consagrada en la historia.

Pero, al amparo de las vacaciones que por motivos de salud me vi obligado a tomar desde el primero de noviembre de 1935 hasta el 10 de fe-

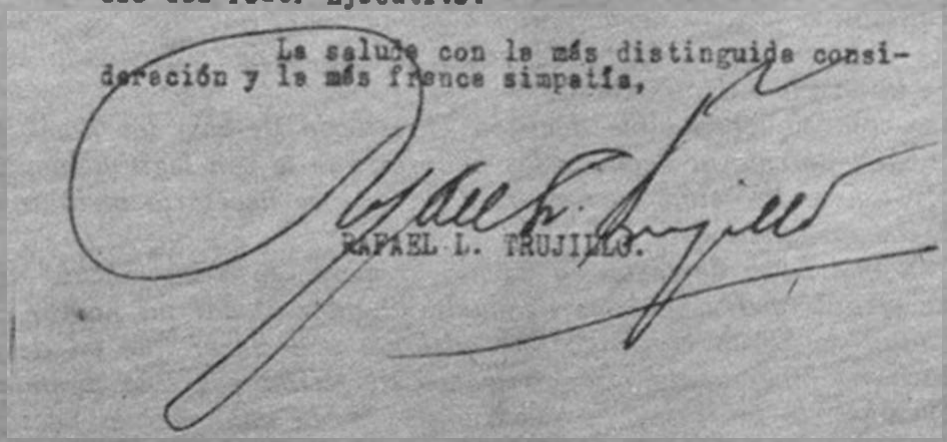
El Presidente de la República Dominicana

-2-

brero de 1936, el movimiento nacional a favor de la iniciativa del Presidente del Senado, se reprodujo con más fuerza y el Vice-Presidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo, Dr. Jacinto B. Peynado, promulgó la ley que dá mi nombre a la Capital de la República en fecha 11 de enero de 1936.

Complácome acompañarle copias de mi carta del 19 de julio de 1935, dirigida al Presidente del Senado, y de la ley promulgada durante mi ausencia del Poder Ejecutivo.

La saludo con la más distinguida consideración y la más franca simpatía,



RAFAEL L. TRUJILLO.

Facsímil de la carta dirigida a la autora, el 1º de abril de 1936, por el Generalísimo Rafael L. Trujillo, sobre el cambio de nombre de la ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana, a Ciudad Trujillo.

Y la copia adjunta dice:

Santo Domingo, D. N.,
19 de julio de 1935

Señor
Don Mario Fermín Cabral,
Presidente del Senado,
Ciudad.

Distinguido amigo:

He seguido con cuidadoso interés el movimiento de opinión que ha suscitado en la República la idea lanzada por usted en la hidalga ciudad de Santiago de los Caballeros al sugerir que mi nombre sea perpetuado asignándoselo por medio de una ley a esta insigne ciudad de Santo Domingo

Me colma, no ya de satisfacción, sino del más legítimo orgullo, la solicitud con que ha sido acogida tal sugerencia; y creo firmemente que tan espontánea y significativa prueba de adhesión a mi persona, habrá de estimular mi consagración a la ponderosa obra de gobierno que vengo realizando con los auspicios de los buenos dominicanos.

Sustento con inquebrantable decisión el criterio de que los hombres de Estado no tienen derecho a declinar los honores que le son legítimamente discernidos, por la significación ejemplarizadora que es necesario atribuir a éstos en toda circunstancia.

Pero, sin que haya de tener en cuenta lo merecido o inmerecido del honor con que se quiere distinguirme de modo singular al dar mi nombr a esta histórica ciudad de Santo Domingo, me adelanto a declarar que tal designio, que agradezco profundamente está en franca oposición con una de mis más caras aspiraciones de patrita y de gobernante: la de mantener la nación dominicana íntimamente vinculada a sus gloriosas tradiciones, que constituyen las páginas más interesantes de la civilización del Nuevo Mundo.

Santo Domingo, ciudad de los Colones, a que dió lustre con el prestigio de su nobleza doña María de Toledo y que llenó de apologías la adusta figura del férreo Comendador de Lares; Santo Domingo, primera piedra del monumento de la conquista y la colonización de América, que ostenta con silenciosa dignidad las más hermosas reliquias de la fe que trajeran consigo los conquistadores; Santo Domingo, ciudad legendaria, con su vieja basílica y sus muertos monasterios, con su gran ciudadela y su impasible Torre del Homenaje, con su Alcázar desolado y su derruído templo de San Nicolás, primer altar levantado en América por los intrépidos aventureros de la Mar Tenebrosa; Santo Domingo, ciudad sucedánea de la Isabela, que fue asiento de la austera Real Audiencia y sede de la ilustre Unicersidad de Santo Tomás de Aquino Santo Domingo, ciudad heroica, que es, en fin cuna de la independencia nacional, debe conservar como un tesoro el nombre que le diera su fundador, en las postrimerías del Siglo XV.

Aparte de estas razones de carácter histórico que opongo con serena convicción al propósito de dar mi nombre a la ciudad primada de América, exis-

te otra razón de orden práctico que puede ser desatendida: si el mero cambio de nombre de una vía irbana es causa de trastornos en el movimiento normal del comercio y en el curso ordinario de las relaciones individuales, deben esperarse mayores males del cambio de nombre de una ciudad, que vendría a implicar una verdadera modificación en la geografía política del país.

Ruego, pues, a usted y a mis demás amigos de ambas Cámaras no iniciar ningún proyecto de ley cuyo objeto sea cambiar o alterar el nombre con que aparece consagrada en la tradición y en la historia la ciudad de Santo Domingo.

Con mi agradecimiento más profundo, soy de usted S. S. y amigo,

RAFAEL L. TRUJILLO

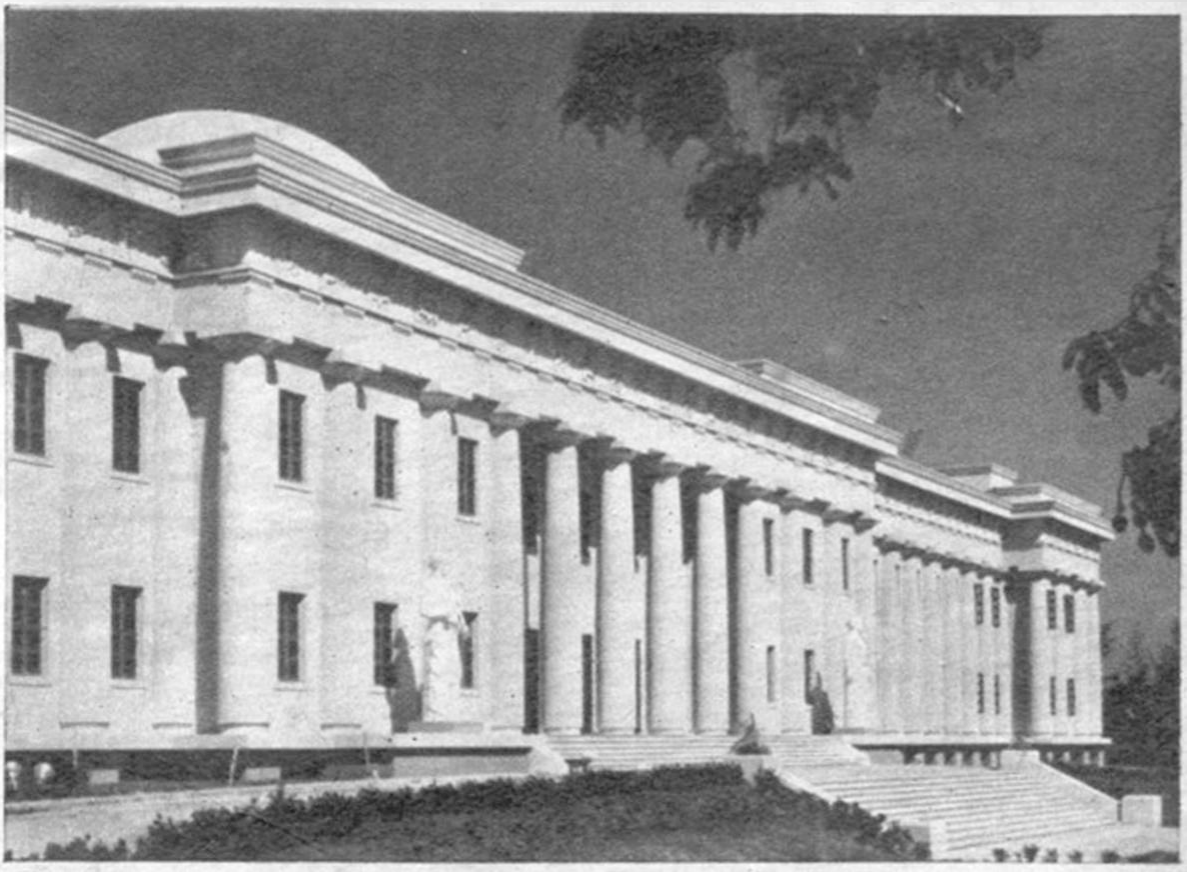
Con el correr de los años la correspondencia cesó; pero yo seguí siempre observando cómo mi amigo se desenvolvía en su Gobierno. Y como he dicho, siempre fui bien atendida las pocas veces que le envié una encomienda en favor de alguien.

A principios de este mes de mayo, ocurrió algo que me hizo salir de mi mutismo. Y como yo siempre actúo primero y lo pienso después, ya que mi corazón me es más leal que mi cerebro, me fuí derechita a una agencia de pasajes y dos días después volaba hacia mi vieja Santo Domingo de Guzmán. Nadie me había invitado. Nadie me esperaba. Me encontré de pronto sola en medio de tanta gente que no conocía, un fin de semana, cuando las oficinas y comercios están cerrados... Pero, como yo no iba a ver a nadie, ni nadie esperaba verme, me busqué un chofer que me llevó por donde quise y me di el gusto de ver solita toda la ciudad, en lo que apareció quien se dedicó a complacerme, en la afectuosa persona de José Roldán un sobrino de mi esposo. Me di un hartazgo de ruinas —esta vez a la luz del día.

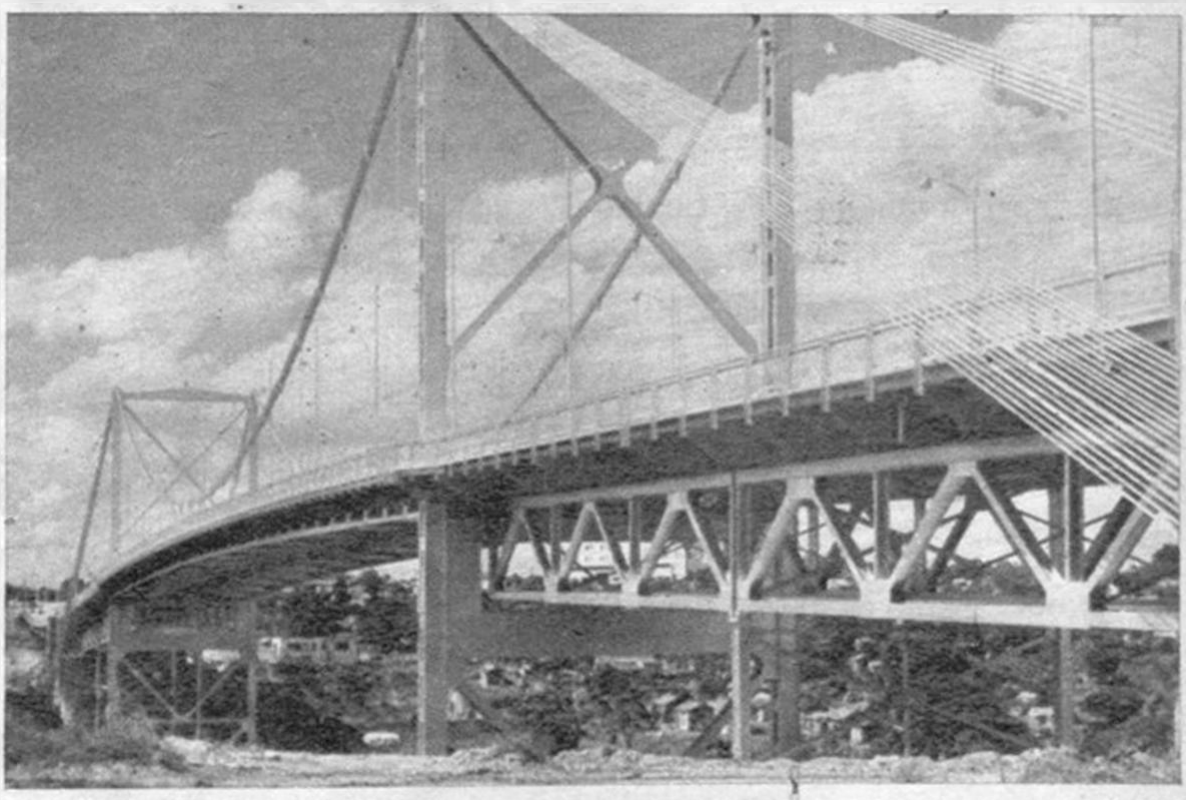
Pero... ¿es ésta aquella ciudad que yo vi casi destruída? ¿Y es éste el Alcázar de don Diego? ¿Ese puente nuevo sobre el Ozama? ¿Esas hermosas avenidas, a cuyos lados se levantan majestuosas residencias, de dónde han salido? Esos espectáculos, esos parques, esos jardines zoológicos, ese Palacio de Bellas Artes, ese Museo Nacional, ese puerto, esos magníficos hospitales y planteles de enseñanza, ese orden, esa abundancia, esa limpieza, esa impresión de progreso... todo eso... con sus estupendos hoteles, sus caminos modernos... esa agitación y esa alegría del pueblo que se echa a la calle a divertirse... ¿es ésa la ciudad aquélla o es otra? Pues es otra que se llama Ciudad Trujillo, pero dentro de ella como cosa perpetua está encerrada aquella Ciudad Primada de América, porque por obra del amor a la tradición, por respeto a la historia, por el orgullo de sentir latir el pasado dentro del propio corazón de esta nueva ciudad, la vara mágica del Poder Consciente está haciendo renacer de las ruinas toda la belleza que aplastó el paso de los siglos, y así Santo Domingo de Guzmán perdura como gema encerrada en el joyel, que es Ciudad Trujillo.

Yo no sé cómo ha sido; pero ahí está la obra realizada, almohada sobre la cual mi amigo el General Trujillo podrá satisfecho echarse a dormir el sueño eterno...

FIN



Palacio de Bellas Artes, en Ciudad Trujillo, República Dominicana.



Puente "Radhames", en Ciudad Trujillo, República Dominicana.

Hotel "El Embajador", en Ciudad Trujillo, República Dominicana.